

EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

Dr. Bartolomé Gómez Plana

CORRESPONDENCIA: P. CASTELAR, 4

SUMARIO

La Religión y el niño, Bartolomé Gómez Plana.—*Oro viejo... y nuevo*, Dr. Manuel Tolosa Latour.—*Tartamudez y otros defectos de pronunciación*, (continuación), Dr. Chervin.—*El escolar en su casa*, Dr. L. Ppitsy.—*Educación física y sensora de anormales*.—*Varia*.

SUSCRIPCIÓN

En Cádiz: Un mes 0'75 ptas.
Fuera : Trimestre 3 »

PAGO MENSUAL.

Año VII. Cádiz: Mayo y Junio Núms. 74 y 75



Año VII

Cádiz: Mayo y Junio 1927

N.ºs 74 y 75

La Religión y el Niño

Hoy que con el nombre de Libertad se trata por medios directos e indirectos de coaccionar al niño en la más noble de las aspiraciones humanas, que es la de elevarse sobre lo transitorio y buscar más alto, más arriba, una solución definitiva después de esta efímera y trabajosa vida, atacando esa misma libertad (que para serlo necesita ser consciente), restando elementos de juicio, sobre los que la voluntad puede actuar, no está de más hacer algunas reflexiones encareciendo razonadamente la necesidad de que el niño se eduque, se instruya y empiece a orientar su vida, con el principio fundamental de una causa primera que es Dios; con un concepto previo, de que ese Dios no es el panteísmo, y que de ese origen espiritual deriva la base intelectual, la física, la moral, en una forma indestructible que es la Religión y en una perfecta, que es la verdadera,

El Segismundo de «La Vida es Sueño», en la que precisamente figura un príncipe, al que se ha privado de todo contacto humano, al contemplar la vida de la Naturaleza en todos los seres, comparándola con la sujeción que sufre, exclama:

¿Qué ley, justicia o razón,
negar a los hombres sabe
privilegio tan suave,
excepción tan principal.

Que Dios le ha dado a un cristal,
a un pez, a un bruto y a un ave?

En forma estudiada, se priva, frecuentemente al niño, en la enseñanza laica, de todo concepto religioso; nada de religión, nada de principio espiritual; no nombrar a Dios y suprimir siempre que puedan, todo aquello que signifique motivos de vida supraterrena.

Enseñanza, materialmente utilitaria; principios morales, palabras que si no tienen un principio alto, son huecas; filantropía, orden, altruísmo, cordialidad, tolerancia, humanitarismo, progreso material, deberes cívicos; para todo, la Ciencia, sin ver que el estudio de la Naturaleza y sus leyes, no es otra cosa que el de la obra de Dios; y que solo un motivo que está por encima de nosotros tiene fuerza bastante para obligarnos; y tanto más, cuanto ese motivo tiene fuerza de bien, fuerza de amor, fuerza de supervivencia, fuerza de felicidad perpetua, que depende para su consecución, de nosotros mismos, por nuestros actos inspirados y auxiliados por poderes favorables. El mismo orden de la Naturaleza; la misma subordinación de unos seres a otros, la estrecha relación de dependencia como causa o como necesidad para subsistir, se demuestra en todos los seres animados e inanimados por leyes y hechos demostrados; y el Hombre que lo conoce y siente ansias insatisfechas, ¿va a estar libre de esa subordinación?

Lo que él hace y provoca; lo que realiza para el progreso ¿no le demuestra que está sujeto dada la limitación de sus medios a otra más elevada potencia que le impulsa, sin perder su razón, su libertad y su voluntad?

Si las ideas elementales a modo de semilla fecunda y fructífera, no se inculcan en el niño ¿cómo van a dar más adelante el fruto debido?: no pierden con eso su libertad de acción, porque más adelante, puede elegir, aceptar o rechazar, lo que solo en principios, desde niño, ha podido conocer; cuando esto no se hace, el impulso interior a lo más alto, cambia de rumbo y ocupan su lugar, la superstición, los errores más groseros, las ideas más disparatadas; los más ignorantes, en duendes, en mal de ojo, en influencias ocultas, en prácticas sin sentido común; los más instruidos, por no aceptar un sistema perfecto, por ser o llamarse espíritus fuertes, creen en el espiritismo, de naturaleza demoníaca, en fenómenos misteriosos a través de sombras y oscuridades, en objetos que se aparecen, impresiones que horripilan, y dan más importancia a aquello que menos puede comprender su razón, o dan interpretaciones absurdas a fenómenos naturales descono-

dos; allí creen en apariencias, en almas (¿almas?) del otro mundo, en comunicaciones invisibles que afectan al trato, al movimiento, o hechos de su vida anterior... renuncian a su razón, para no seguir los postulados de una religión, que satisface todas las aspiraciones de esta vida y de esa otra vida que por mucho que quiera negarse es el más sólido fundamento para que la razón humana, satisfaga sus ansias infinitas.

¿Qué ideas, qué creencias deben inculcarse a los niños para su perfección humana primero y su vida eterna después?

Libertad, igualdad y fraternidad; jerarquía y autoridad; ley de amor y de perdón; individualismo, enlazado estrecha y solidariamente con la acción social; familia como hogar y unidad colectiva; el deber espiritual interno, asociado a los demás, para un fin común; sufrimiento por el mal; voluntad y acción para la enmienda; concepto elevado de la dignidad humana, por su destino y por la hegemonía política, jurídica y económica; sentimiento fecundo, grande, de corazón, de afecto entre los hombres; al decir familia humana, se ha dado la unidad en totalidad.

Y esto solo puede conseguirse con la fe en Dios; con el conocimiento de la Verdad, que solo está íntegra en el Evangelio y en la obediencia a la depositaria y maestra de ese Evangelio, que es la Iglesia Católica. Y esa es la Religión que debe enseñarse al niño.

«Dejad venir a los niños», dijo el Salvador.

BARTOLOMÉ GÓMEZ PLANA

Oro viejo... y nuevo

SEÑORAS Y SEÑORES :

La «Sociedad Española de Higiene» os saluda afectuosamente en esta sesión anual, en la que, recordando lo pasado, miramos con entusiasmo el porvenir, animados por vuestra importante cooperación; y yo, al hacerlo ahora, por expreso mandato de nuestro

querido Presidente, no he de implorar de vosotros la tradicional benevolencia que con pulidas frases se acostumbra a pedir en trances como el presente; pues tal y tanta me otorgásteis siempre, que fuera codicia exigiros más, siendo verdad inconcusa que las almas generosas no suelen gustar de la súplica cuando son propensas a la espontánea dádiva, ni apetece tampoco que se encarezca y ensalce en público su esplendidez.

Tan solo os diré, cumpliendo deberes de justicia y gratitud, que los bienes morales que de la Sociedad y de vosotros he recibido, fortalecieron mi alma y avivaron el fuego de mi corazón. Siento hoy el mismo entusiasmo que cuando asistía desde un último lugar en la Junta Directiva a la memorable inauguración celebrada en el Paraninfo de la Universidad, con el concurso de un Rey, joven, inteligente y malogrado. Muchos de los grandes maestros de entonces, no existen tampoco.

Cerca de cinco lustros han transcurrido desde aquella fecha inolvidable. Centenares de Socios figuraban en nuestras listas, y la vida exuberante de la «Sociedad Española de Higiene» se extendía por todos los ámbitos de la Península, mediante Juntas provinciales y locales; pero aunque se atenuó aquella luz de apoteosis, brilla la del estudio, perseverando con modestia y tesón en aquellas orientaciones de éxito seguro, que acaso nos llevarán muy lejos, pues ahora nos acompaña y auxilia la mujer estudiosa y buena.

Puedo presentarme como un testigo de mayor excepción de este cambio, porque durante tantos años permanecí en mi humilde puesto, sin ambicionar nada. Hemos visto con íntimo regocijo cómo nuestro ilustre Secretario de antaño fué elevado a los Consejos de la Corona por el Augusto Hijo de nuestro inolvidable Presidente honorario, y cómo ocuparon altos cargos y obtuvieron merecidos honores en la Administración pública muchos de nuestros insignes consocios, los cuales, en tan altas posiciones políticas, no nos olvidaban, procurando defender con tenacidad los fueros de nuestra amada Higiene.

Modestísimo era mi bagaje al entrar en la Sociedad; pero bien puede decirse que, gracias a ella, he experimentado grandes alegrías en mi humilde vida médica, viendo realizados algunos proyectos que parecían ilusiones quiméricas.

La mayor de todas fué contemplar a la mujer, no sólo en las ceremonias inaugurales, a la manera de esas costosas flores de estufa que adornan breves horas los grandes salones en las fiestas regias, sino formando parte de nuestro seno, con los delicados to-

nos de las plantas variadas y fecundas que matizan un jardín modesto, prestándole perpetua y poética belleza.

Y es que la poesía y la belleza, Señoras y Señores, no estriban solamente en la forma rimada, que despierta imágenes brillantes en la mente, ni tampoco en la figura hermosa que, con altiva inmovilidad de estatua, espera el homenaje de la admiración y del entusiasmo popular. La perfecta belleza, la inefable poesía, es la que nos conmueve sin pensarlo, la que nos enamora sin solicitar-nos, la que no muere, al par de su forma perecedera, porque tiene la raigambre inmortal en el alma humana.

Y en tal sentido, nadie podrá negar que la Higiene es siempre artística y bella, a pesar de sus aparentes prosaísmos, pues su misión no consiste tan sólo en vigilar, reglamentar y modificar, en bien de nuestra humanidad, cuanto nos rodea, perfeccionando físicamente a los seres todos y sanándolos con sabia previsión, sino que contribuye de modo eficaz a mantener el equilibrio de la vida en la tierra y a que las inteligencias cultivadas brillen con más energía, irradiando bondad.

Sí; al estudiar los grandes y los pequeños problemas de la vida, nos sentimos mejores, experimentamos la íntima persuasión de que cumplimos un imperioso deber, y nuestro interés hacia lo que parece insignificante o ruín al egoísta, nos presenta, bajo un prisma nuevo y cabal, la naturaleza y destino del humano linaje.

Por esto tengo a gran dicha haber merecido licencia para hablaros de lo que constituye, a mi entender, la más eficaz, la más positiva propaganda de la higiene.

Durante muchos años hemos interpelado a dignísimos gobernantes que nos honran con su asistencia en esta solemnidad, y el tono amargo de nuestras incesantes quejas les indujeron a obrar en consonancia muchas veces con nuestros deseos, ejecutándolos mediante disposiciones oficiales. Pero de sus labios hemos oído siempre que el Estado necesita la cooperación individual, la constante ayuda de la familia, que cuida y educa con callado amor a los futuros ciudadanos.

Bien decía Méndez Alvaro, en el natalicio de nuestra Sociedad: «Son la Moral y la Higiene los objetos más dignos de la atención de todo Gobierno que de veras se propone la felicidad pública, existiendo realmente dependencia muy estrecha entre la ciencia de las costumbres y la de la salud, como han sentado los legisladores de casi todos los pueblos».

Yo estoy convencido de que la regeneración no ha de venir

tan sólo de los centros oficiales, sino de las briosas iniciativas de los hombres de acción vistas sin ojeriza por el Estado, con el fin de que si éste no les presta apoyo alentador, por lo menos allane los obstáculos que se presenten a tan nobles designios.

La Higiene demuestra la *utilidad* de la Moral,—escribía Letamendi, al sentar las bases de la Higiene *constituyente*, mejor aún que la *constituída*, la cual ha de realizar todo el bien que ella anhela cumplir y que hay derecho a reclamarle. Y para ello, con sus geniales atisbos, invocaba «a las mujeres y a los artistas, que sueñen tener présbitas los ojos del alma y observan y estudian y juzgan los objetos a distancia, íntegros, vivos y movedizos como los da Naturaleza, sin deshacerlos ni *destornillarlos*, mientras que los hombres de ciencia, miopes de espíritu los más, necesitan para entender algo coger ese algo y remirarlo, y dividirlo y triturarlo en partes, de que quizás nunca aquel todo se compuso, para una vez deshecho quedarse sin entenderlo, bien por impotencia de imaginarle rehecho, bien por imposibilidad natural de tornarle a hacer».

¿Comprendéis ahora nuestro regocijo al contemplaros aquí, nuestro interés por que nos ayudéis a ver *de lejos* esa moral de los hechos, que a veces nos sorprende por su aparente discrepancia a través de pueblos y razas, pero que nos enseña el orden, la tradición, la disciplina, con fines lógicos y trascendentales para la vida social?

¿Adivináis ahora por qué en la anterior inaugural el Dr. Fernández Caro abordó magistralmente el asunto más trascendental para vosotras y para vosotros: el problema del matrimonio?

Y es porque siempre, como afirmaba Letamendi, «un elemento nuevo, irreductible por su condición autonómica a procedimientos materiales, surge de la naturaleza humana en la esfera de lo higiénico, como en todo lo social. Este elemento es la *voluntad*, la cual, al determinar libremente el matrimonio, asintiendo jurídicamente a su indisolubilidad y al dirigir por fuero propio la formación de la voluntad naciente de los hijos, influye de un modo íntimo y decisivo en la marcha de los procesos naturales del organismo. Cuanto se acuerde, pues, a espaldas de ese factor fundamental, cuanto se proyecte en Higiene humana por la vía material, inhibiéndose de reducir este elemento moral a estudio y tratamiento higiénico, o no dará resultado, o a lo sumo lo dará muy inferior al apetecido».

Sí; la voluntad, *la firme voluntad, compañera y sostén de la virtud* invocada por el poeta, es la que, noblemente educada, debe

guiaros y guiarnos al constituir el hogar. Y ese hogar, que está en los labios y en el corazón de todos, tiene su higiene material, bien estudiada, perfectamente concebida por los higienistas modernos; pero también necesita, para funcionar, de las bases irreductibles de HIGIENE MORAL, acerca de la cual disertaré rápida y muy brevemente esta noche, si vuestra tolerancia me lo consiente, como lo espero.

* * *

Antes de seguir adelante, bueno será recordar algo que a todos muy particularmente nos interesa, preliminar importantísimo para que los términos del problema tengan la debida compensación.

No es posible al hablar de hogar, dirigirnos tan sólo a vosotras. Fuerza es que los hombres comprendan, acaso tarde para muchos de ellos, que, siendo su papel primordial e importantísimo en el matrimonio, es algo incongruente decir en variados tonos y de mil maneras a la mujer, que su incumbencia, su destino, su puesto está en el hogar, y no dirigir al hombre ni una sola palabra acerca de cómo debe organizarlo; pues decorosamente él solo es quien debe construirlo, auxiliado por la amante compañera, a la manera del pájaro, que después de cantar gallardamente enamorado, lleva con presuroso vuelo en su trémulo pico las suaves hierbas con que confeccionará el nido para la madre de sus hijos.

Y esa preparación instintiva en el animal, y esos cuidados educativos que hasta en las tribus llamadas salvajes, como citaré luego, son objeto de atención preferente, en algunas naciones civilizadas míranse con desdeñoso olvido, incitando a volar con prematuro afán a los hijos, oponiéndose muchas veces a que los primeros latidos de su corazón se destinen a la virgen pura y honrada, gloriándose, con socarrona indulgencia, de supuestas proezas amorosas, en las cuales todo sentimiento noble pierde su viril poesía, convirtiéndose en fingimientos, traiciones y devaneos, que tendrán un fin prosaico y utilitario al pie del altar.

Entre tanto, a las hijas se las recrea casi siempre con estudio recogimiento; no se les dice la verdad de la vida, que ellas adivinan a medias; se trata solamente de que sean simpáticas, bellas sobre todo, y en su alma ingénua van incubándose vagas sensaciones de goces inverosímiles, sed de libertad indeterminada, im-

periosas necesidades de la vida material, ambiciosas aspiraciones en la social, el deseo de agradar, mezclado al ansia del placer; la pesadilla de conseguir eterno dominio sobre todos, unida al embriagador ensueño de poseer un amor inacabable, formándose con todas estas ilusiones mentirosas la dote psicológica de la mayoría de las jóvenes, a ciencia y paciencia de madres y de padres.

En cambio, a los jóvenes se les aviva la ambición y el orgullo, haciéndoles creer, al propio tiempo, que la familia futura será para ellos carga levisima, pues servidores, esposa, nodrizas, ayas, maestros y directores de conciencia se encargarán de poner orden en la casa elegante y cómoda, dejándole libertad para recorrer el campo de sus triunfos y proezas en la vida social; y como si deudos y amigos conspirasen a favor de tamaño desbarajuste, en los clásicos presentes del noviazgo búscase lo estrambótico, lo retumbante, todo lo inútil que, por su exterior apariencia, signifique riqueza generosa, convirtiendo la casa de los futuros esposos en muestrario de bazar.

No hay necesidad de reproducir el cuadro que servirá de escenario a mil desventuras en familias así formadas. ¿Qué compañía han de hacerse en el hogar los que están propicios, y a veces ansiosos, de dejarlo vacío?

Tampoco nos detendremos en fotografiar a los buenos matrimonios. Son conocidos de todos, siquiera los contemplan muchas gentes con sonrisita burlona, murmurando mansamente de los tiernos afectos de los esposos, de sus celosas inquietudes por los hijos, de su exquisita y tenaz vigilancia, de sus desvelos incesantes. Mófense cuanto gusten de los padrazos y de las madrazas, como suelen verificarlo los espíritus fuertes, y compadezcamos a éstos, pues con su conducta demuestran plenamente, o que no tuvieron buenos padres, o que, acaso, merecen se cumpla con ellos la amenaza de un inmortal escritor, estampada en su testamento, en el cual consignó que si alguno de sus hijos desconocía la autoridad materna en cualquier ocasión, desde aquel instante le despojaba de cuantos besos le diera desde niño.

¿Cómo no protestar asimismo de la tácita invitación a la poligamia, nacida de la hipocresía viciosa de nuestras costumbres?

Si algo tiene de enojosa la Higiene para el vulgo, es porque prohíbe, porque censura, poniendo aparente mal gesto a todo; no es así, pues da siempre consejos vulgares en apariencia, pero trascendentales, que, bien atendidos, conducen al bienestar. Se nos oye a los higienistas sin escucharnos, y la mayoría de nuestras

predicaciones son estériles, bien lo sabéis, a causa de que en la familia, habitualmente, ni se enseñan ni se practican nuestros preceptos.

Repasad nuestros trabajos de tantos años, leed nuestras cuartillas de propaganda, y veréis con qué tesón nos hemos propuesto estudiar todos los particulares referentes a la casa higiénica, demostrar los peligros de las sofisticaciones, dar preceptos de profilaxia para evitar las enfermedades infecciosas, ensalzando muy singularmente las ventajas de la lactancia materna, procurando reglamentar la mercenaria y tratando, en fin, con gran amplitud, el problema pedagógico.

En todas las conferencias, disertaciones y debates se habla de vosotras y del niño. Se encarece la necesidad de que no le abandonéis un punto. Si es hijo propio, os decimos que vuestro pecho le pertenece, y yo añado que el corazón le pertenece.

No basta que lo estrechéis entre vuestros brazos, que le vigiléis con cuidado ni que le entreguéis a preceptores y maestros escogidos, es preciso que le inculquéis vuestro sentir y vuestro pensar.

«Los hijos—decía Cervantes—son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida; a los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que, cuando grandes, sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad».

Ningún hombre ha dejado de reconocer la verdad de la frase de Napoleón, afirmando que el porvenir de un hijo depende de su madre. El Emperador, para justificarlo, decía: «a mi Madre, a sus principios, debo mi fortuna y todo el bien que he realizado».

La mujer, para llevar a cabo en el matrimonio esa misión tantas veces invocada, necesita tener medios de independencia y un sano criterio, a fin de rechazar a esos bobicultos, impiadosos, incastos, ineruditos, incompasivos, que pululan en su derredor, fingiendo un amor que no sienten, ocultando con apariencias severas su triste asnedad. No deben tampoco aficionarse por los pícaros rondacalles, quitasueños y engañamundos, que buscan en la riqueza o en el linaje de su futura esposa, la fuente de un porvenir de olganza y de placeres.

Afortunadamente, la mujer contemporánea empieza a darse cumplida cuenta de lo que vale y de lo que puede ser en la vida;

compulsa sus aptitudes, dedícase a variados estudios y disciplinas, sin menoscabo de su delicadeza sentimental, bien diferente de esa melindrosa y fingida sensiblería de las indolentes. Se afana, en fin, por ser buena.

La bondad es cualidad del alma; de ella nace y del exterior llega también procedente de otras almas; como purísimo aroma de nobles y generosos sentimientos.

Existen, asimismo, circunstancias exteriores que impiden la realización práctica de este ideal de perfección, y ocúltanse, por desgracia, en el ser humano, gérmenes de perversidad que esterilizan los más perfectos y sanos propósitos, a la manera de lo podrido, cuyo contacto, cuando no corrompe, mancilla; pero acaso por ello nuestra tarea preferente estriba en descubrir y aislar con energía lo dañado, que si produce honda perturbación en el experto, corrompe de por vida al inocente.

En esta difícil empresa todos tenemos nuestro papel social, pero especialmente vosotras, con la intuición genial que os caracteriza, guiadas por los severos juicios de la ciencia educadora, eminentemente higiénica.

Encerrada la mujer casi siempre en atmósferas confinadas, arrebatada por el vertiginoso rodar de la vida mundial, suele ocurrir que aunque quiera ver claro no puede. ¿Habéis reparado lo que pasa en el interior de un expreso, cuando al atardecer miráis al campo a través de los amplios cristales? El paisaje, sumido en la penumbra, no se divisa bien; vemos reflejadas en el espacio las imágenes de las personas que ocupan el amplio vagón iluminado, y para percibir exactamente la ruta recorrida, apoyamos la frente en el frío vidrio, distinguiendo así la realidad del espejismo.

Lo propio nos ocurre a todos, y mayormente a vosotras. En este viaje por el mundo, cuando por desgracia no puede hacerse a pie, que es lo más seguro, higiénico y práctico, debemos abrir las ventanas para respirar el aire puro y fresco; darnos exacta cuenta de nuestro crmimo, no siempre pintoresco y ameno, al cual hemos de prestar la íntima poesía que nuestros sentimientos y nuestros ideales nos inspiren. Huyamos de toda alucinación; por muy bella que sea; procuremos no desorientarnos, porque también es fenómeno frecuente en los viajes, experimentar, adormilados, la clara sensación de que retrocedemos, cuando el tren, como la humanidad, a despecho de nuestra modorra perezosa, camina adelante, siempre adelante.

Invocando este racional progreso, es por lo que nos congre-

gamos aquí. Lo pasado es siempre recordable, merece ser recordado de vez en cuando, pero importa no dejar de pensar en lo por venir.

En tiempos pasados, las leyes que regían a los pueblos civilizados crearon la patria potestad, para que la mujer y el niño obtuviesen la protección indispensable.

Los derechos otorgados al padre le imponían deberes ineludibles.

Actualmente, uno de los problemas más áridos de la protección a la infancia, estriba en la necesidad imperiosa de despojar de aquel poder tiránico a los jefes de familia indignos, que en lugar de proteger al hijo, lo explotan o prostituyen villanamente. Diríase que nuestros actuales egoísmos nos hacen querer menos al niño o no quererlo de ninguna manera. Sólo así se comprenden las horribles desventuras de los llamados *niños mártires*, en las bajas esferas sociales, y la indiferencia con que en otras regiones se abandona moralmente a los hijos.

Hasta la filantropía con apariencia maternal en ciertos Asilos y Hospicios necesita fiscalización singular, por la frecuencia con que vemos incubarse el vicio y el crimen en esos rediles humanos por desidias o descuidos censurables. La misma trata de menores, cuyo producto inmediato es la criminalidad descarada, en donde el adolescente conviértese en auxiliar o torpe ejecutante del delito, no merece por parte de las almas generosas atención piadosa, ejerciendo con ella un educador patronato que redima a tantos desgraciados y los regenere. Bien puede afirmarse que, en materias de protección al niño y a la mujer, en España está todo por implantar, a causa de faltarnos de un modo decidido la personal cooperación de los buenos.

Y si en la infancia los males son tan grandes, ¿qué diremos de la pubertad? Esa transición gradual entre la adolescencia y la edad en que las leyes otorgan mayoría civil al ciudadano, ¿es objeto de atención por la familia y por la sociedad? No.

¿Puede consentirse que esto sea? ¿Hemos de ver impasibles transitar por esos mundos muchos seres «con cuerpo de feto, cabeza de adulto y crianza de fiera», que, como decía con indignada frase Letamendi, no tienen nada de niño ni nada de bueno?

¿Hemos de permitir que «el impulso sensual, muy distinto del racional afecto y que suele nacer de aberración estética y acabar en trágicos desencantos, como afirmaba el incomparable psicólogo, sea el que ayunte, no case, los futuros esposos?»

Las leyes, que tantas cosas reglamentan, ¿no han de inspirarse en los legítimos anhelos de perfección de la ciencia y de la moral, protegiendo y amparando a la mujer, antes de casarse y después de casarse, en vez de considerarla como una débil menor en todas las circunstancias de la vida social, a pesar de exigírsele graves responsabilidades, como hija, como esposa y como madre?

Porque el sentido de la palabra *casar* implica acoplar, encajar cosas o personas; no es una simple reunión. El pueblo habla de lo difícil que es hallar la *media naranja*. Será esto difícil, pero no imposible, con tal que exista en el hogar, entre padres e hijos, el *sentido común*, el *sentido moral* y el *sentido estético*; aquellos sentidos por los cuales somos personas, repitiendo las mismas frases del tantas veces citado maestro.

Se dirá que existen obstáculos insuperables para obtener completa perfección en lo moral y en lo físico, se invocarán las leyes misteriosas de herencia, se hablará de las de adaptación al medio, en virtud de las cuales propenden muchos pensadores a ver un fatalismo desconsolador en los productos de lo que pudiéramos llamar dinámica pasional. Por esta razón, a medida que se analizan los elementos degeneradores, al estudiar a los degenerados, muchos autores inclínanse a no ver sino degeneración por el mundo, difundiendo una desesperanza pesimista entre los educadores y moralistas.

Debieran recordar los que tal dicen, que el organismo humano no es un aparato físico influido por fuerzas que consume y devuelve más o menos transformadas, sino que retiene, para sí, buena parte de los materiales que se le proporcionan para su crecimiento, el cual tiene un límite impuesto precisamente por la diferenciación celular, produciendo elementos defensivos por elaboración interna, como ocurre en la lucha orgánica contra el microbio patógeno.

No olvidemos tampoco que la mayor parte de las células tienen una constitución tal, que al dividirse se diferencian unas de otras, dando lugar en ocasiones a cierta disminución de su aptitud reproductora, existiendo tejidos que, no pudiendo crecer, detienen la excitación funcional, y, por ende, el crecimiento de los demás.

En esta observación se funda el buscar en ciertos casos las fuerzas naturales para regenerar los organismos débiles, pues la paralización del crecimiento de los elementos celulares trae, por consecuencia no inmediata, pero fatal, la detención de la nutrición

y su muerte. Así en el raquíctico, la detención del desarrollo muscular obedece a la falta de vitalidad perfecta en los tejidos óseos, muy principalmente con la carencia de energías nerviosas. Es admirable cómo se obtiene la regeneración de estos seres, condenados a la deformidad y a la muerte, con la sola influencia del sol y del mar.

Pues aplíquense estas ideas a la vida moral, y veréis cuan fácilmente se explican las transformaciones de los ingesta y egesta de la nutrición intelectual y sentimental, según los distintos elementos que compongan la familia o la sociedad. No en balde se ha dicho que la costumbre es una segunda naturaleza.

La delicada, frágil y complicada organización cerebral exige una atención preferente por parte de padres y educadores, que han de estar dotados de paciencia exquisita y suave energía. Ambos tienen que obrar de común acuerdo, con perfecto conocimiento del especial manejo de ese organismo en pleno desarrollo, no guiándose en su dirección por un exclusivismo técnico, y adaptando sus preceptos a cada caso particular. De otra suerte, encerrando en estrecho, personal y egoísta criterio la crianza de los niños, se compromete la existencia y el porvenir de la raza.

La sanidad física es la base de la sanidad moral. Desde la cuna es preciso velar por la integridad perfecta de los órganos todos, educándolos especialmente.

Siendo diligentes los sentidos, aumenta la actividad mental, la atención se despierta, y, sabiamente encauzada, contribuye al recto discurrir y razonar.

La mayoría de las imperfecciones futuras, si no todas, radican de dolencias o enfermedades de la madre durante la gestación, y de evitables descuidos en los primeros meses de la vida infantil.

Las mujeres debieran, por lo tanto, saber al detalle, y mucho antes de contraer matrimonio, todas las circunstancias que pueden influir en su salud y en la del recién nacido, para preservarse de ellas, caso de tener hijos y sanar a éstos, y también para instruir a las madres ignorantes, velando por los pobrecitos huérfanos.

De estas enseñanzas nace la previsión protectora que las mujeres favorecidas por la fortuna ejercen sobre las obreras en los pueblos cultos y caritativos. La mujer debe poseer siempre corazón materno; no en balde adoptan el santo nombre de *Madre* hasta las vírgenes consagradas al amparo de los huérfanos y de los dolientes.

Procurad elevar la cultura intelectual general en las clases menesterosas, no desdeñéis su contacto, antes bien, apetededlo, evangelizadlas con vuestro ejemplo. Un consejo vale más que un donativo, y una palabra de amor más que el dinero. Dedicad una hora diaria a poner en práctica estas cosas, al parecer nimias, y mucho mejor y antes que nuestras juntas oficiales de reforma habréis transformado lenta y completamente la sociedad contemporánea, atenuando el grave y obscuro problema del pauperismo.

No olvidéis que en el pobre y en el desvalido vemos al desnudo nuestras propias miserias morales. Si os repugna su aspecto, facilitadle medios de que lave su cuerpo y purifique su conciencia; si os aterran sus impulsos, proporcionadle alimentos sanos, buenas lecturas, que no intoxiquen su organismo o su cerebro; si os molesta su viciosa holganza, buscadle trabajo regenerador; y si os acongoja su aparente ingratitud, no hagáis el bien por detender vuestro bienestar material, sino por desinteresado amor al prójimo y por el sincero amor a Dios.

La mayoría de los trastornos intelectuales tienen su origen en deficiencias orgánicas; recordad los adenoídeos, los afectos de bocio, los histéricos y tantos más. Por fortuna, muchas de esas dolencias, reputadas como incurables antiguamente, son en el día tratadas con éxito por la ciencia. Y si las lesiones óseas se curan, y gracias a racional ortopedia se evitan las jibas y torceduras del cuerpo humano, que convertían al desgraciado que las sufría en objeto de ludibrio, amargando su existencia, día llegará en que los pobres de espíritu, los faltos de voluntad, los innumerables *jorobados morales*, serán convertidos en seres útiles para la patria y para sí mismos, mediante un tratamiento moral, o si queréis, psicofísico.

En vosotras confiamos; el remedio vendrá si con tesón y razonada constancia dais de mano a preocupaciones seculares y no abandonáis ni un momento al sano para que no se malogre, al imperfecto para que no se pervierta.

Sostuve hace años en un Congreso extranjero la entonces atrevida opinión, ya adoptada por aquellos mis colegas sapientísimos, pero entonces aferrados a preconcebida tesis, de que muchos de los niños llamados *incorregibles*, o eran enfermos cerebrales, o eran unos ineducados. El diario contacto con todo género de lacras y desventuras infantiles, la facilidad con que he podido observar la influencia de un determinado medio ambiente en el desarrollo mental de muchos hombres y mujeres que conocí niños y son ya

padres, me permiten afirmar de un modo rotundo que la mayoría de las desventuras familiares, conyugales o filiales, dependen del olvido o menosprecio de las leyes morales en el hogar.

Es tan necesario fortalecer los vínculos morales entre los padres, y tienen que estar tan de acuerdo ambos respecto a todos los problemas de crianza y educación de los hijos, que cuando existe desvío o desafecto en cualquiera de los dos, la educación es deficiente o perniciosa.

Los más pequeños detalles revisten importancia extraordinaria; todos son igualmente interesantes; ninguno debe parecer prosaico ni baladí. Un castigo injusto puede deformar un carácter; un mimo inoportuno, enflaquecer una voluntad; una defectuosa enseñanza, anemiar un cerebro.

Pensad que si un biberón oculta el germen de mortal dolencia, con una mala lectura, con unos pérfidos consejos, pueda engendrarse una perversión moral incorregible. La mayor parte de las aberraciones espantosas que llenan los manicomios, las maldades que pueblan las cárceles, el vicio y el crimen que enlodan nuestra sociedad, radican del descuido y abandono de la higiene y de la moral durante la adolescencia y la pubertad, por los padres, y lo que es más doloroso, por la sociedad entera.

Los antiguos pueblos, desde los más civilizados, Grecia y Roma hasta los más salvajes, como las tribus indias de América y Africa, pensaron en todo tiempo en la educación de los jóvenes.

Los romanos prohibían a los adultos que, ni por medio de la palabra, ofendieran las buenas costumbres ante el impúber, cuyo cuello ostentaba la *bullá aurea*, símbolo de debilidad física. Todos sabéis la severidad educadora en Esparta, y recordaréis de qué suerte practicaban la selección de los ciudadanos, cómo adiestraban físicamente a niños y niñas, habituándoles a la templaza, al recto razonar, a la buena y culta palabra, inculcándoles el gusto de lo bello, elevando su frente al cielo y el corazón a la patria.

Los mismos salvajes no consideran apto y viril al hombre si no sabe soportar el dolor con estoicismo, si no es capaz de buscarse el alimento con difíciles cacerías, si no está dispuesto a defender su prole con probado valor; y allá en Australia las jóvenes aprenden a construir la rústica cabaña, en cuyo interior, sometidas a prácticas misteriosas, se esfuerzan en cumplir su primordial deber, el de avivar el fuego constante del primitivo hogar, que no debe extinguirse nunca. Meditad ahora por qué en los pueblos donde se extinguió, o está próximo a extinguirse, peligran la vida y la integridad de la Patria.

Por el contrario, las naciones rápidamente transformadas, de constitución vigorosa, deben gran parte de su preponderancia a la educación de sus hijos durante los primeros años en el seno de la familia, sólidamente cimentada; en la escuela, de organización completa y cabal.

¡Lástima grande que estas perfecciones nacionales sean descubiertas, reveladas y ensalzadas con motivo de guerras brutales y afrentosas para la civilización, como acaeció con el pueblo alemán en 1870 y como ha ocurrido con el japonés en nuestros días!

Además de la instrucción y del vigor físico, el sentimiento del deber y el estoico sacrificio personal evidenciaron las virtudes cívicas de estos pueblos.

Es evidente, y bien lo han probado escritores notables al ocuparse de estas maravillosas transformaciones, que los niños y jóvenes son como el vino nuevo, que necesita, para adquirir fuerza y aroma, de la vieja y pura solera.

Y no hay mejor solera moral que el hogar. El clásico nuestro, no por olvidado, ha desaparecido del todo. Sucederá lo que suele ocurrir en nuestras afamadas comarcas, donde los ricos y viejos zumos de la madre tierra no se cuidan o se falsifican de intento; parecerá a no pocos que ya es pura ficción retórica aquella amplia casa, poderosa a humilde, pero honrada y sólida gobernada por la mujer hacendosa, regida por el varón prudente. Ha existido; existe. En ella convivían en casta promiscuidad hermanos, deudos y servidores, que se amaban y respetaban mutuamente. Llamábase *criado*, no al siervo, sino al hijo del viejo servidor, criado en la casa común, alimentado con el mismo pan y aleccionado por idéntica disciplina educadora a que estaba sometido el hijo del *amo*, entonces sinónimo del que ama en tiempo presente.

En las viejas cocinas, o en las amplias estancias, reuníanse todos durante las horas dedicadas al yantar o al descanso de la velada, alumbrados por la misma luz. Sentados juntos al mismo fuego, sintiendo al unísono, rezando a coro. Allí se recordaba a los que fueron y a los ausentes, se avivaba el entusiasmo por los héroes, se pensaba en el pobre, hijo de Dios, al cual se daba albergue, alimento y calor. La madre era reina y señora, confidente benévola, consejera incomparable, sabía trabajar y mandar. El padre era el juez y el protector, sus hijos le querían porque era justo, porque les enseñaba a despreciar la mentira y el miedo, habituándoles a la discreción prudente y al sano temor a lo malo.

El engaño y el pavor engendran la calumnia, el terror, la co-

bardía, la traición. Cualquiera de estas villanías desconceptuaba al mancebo honrado en el seno del hogar. Y ese hogar existe en España, yo lo he visto muchas veces, yo sueño con él. En vez de castillos roqueros o casas de labor, son salones cómodos o modestas habitaciones en las cuales reina el orden y el contento: unas veces hay opulencia, otras modesto pasar, pero allí, las madres, cubiertas de encajes o vestidas humildemente, amamantan a sus hijos, y éstos se educan sin necesidad de gentes exóticas, que se apoderen de ellos y los sequen el corazón. El arte y la ciencia contribuyen con sus bellezas y verdades a desterrar preocupaciones, se teme mucho al microbio patógeno, pero no por eso se olvida el saludable temor a infringir las santas leyes de la moral.

Los que hemos gozado la inefable dicha de dormirnos durante nuestra infancia arrullados por las apasionadas caricias de una madre virtuosa y severa; los que hemos sufrido con paciencia muy juntos las contrariedades familiares, los apuros, los dolores envueltos en el padioso manto de una misma viril resignación; los que al perder a los seres amados, en lugar de entregarnos a una escéptica desesperación hemos convertido nuestras afligidas miradas a los desgraciados, prodigando limosnas de afecto a los privados de cariño, a los infelices, a los abandonados, a los enfermos, tenemos el deber y el derecho de proclamar las ventajas de esta higiene moral, pues merced a ella vivimos contentos y felices.

Sí, felices y contentos por no apetecer otra cosa que lo que pueda producir el trabajo honrado, fuente única de bienestar positivo, viendo en cada contrariedad un accidente pasajero, en cada desengaño una lección provechosa, en cada fracaso un agudo acicate para seguir luchando, y en las pequeñas satisfacciones, inagotables manantiales de alegría.

La alegría es tónico moral; no la rechacéis si es sana y cordial, inundad con ella el hogar, desparramadla por la Escuela, por los Hospitales, por los Asilos; es el riego espiritual que hace florecer las almas, proporcionándolas un perenne rocío de dicha.

En recientes Congresos, singularmente en los de *Higiene escolar* y en los de *Educación y protección de la Infancia en la familia*, se revelan con poderoso vigor estas salvadoras tendencias. De tales asambleas, constituidas por hombres y mujeres de corazón, nacen a diario centenares de sociedades encaminadas a combatir el alcoholismo, la tuberculosis, la pornografía; a enseñar lo útil, a exterminar cuanto aparezca vicioso o dañino.

Urge hacer sanos y fuertes a los hijos, pero sin olvidar el de-

ber sagrado de contribuir en la medida de nuestras fuerzas, que son muchas, bien unidas por un esfuerzo único, a la educación de los privados de familia, a quienes importa improvisar hogares transitorios y colectivos, como casas-cunas, refugios, sanatorios, colonias escolares y otros mil centros de preservación y de cultura. Toda institución que no tenga espíritu materno, en la amplia y generosa expresión de esta palabra, no será fecunda en bienes. No olvidemos que en los pueblos cultos las clases sociales ya no se avaloran por el oro o por la cuna, sino por la educación y la virtud.

Recordemos siempre que el cerebro necesita nutrimento, siendo un absurdo educativo creer que basta el desarrollo muscular para hacer sanos y fuertes a los hombres. Es preciso cultivar su inteligencia, al par que se vigoriza su voluntad; y así como de la primera alimentación del niño, como ya dije, depende su prosperidad orgánica, en las primeras impresiones sensoriales suele ir el germen de una eterna desventura.

La exacta comprensión de los futuros destinos conyugales, expuestos, por los padres inteligentes y discretos, contribuirá indudablemente a que los jóvenes eviten males después irremediables.

La selección de la literatura y del arte, con la explicación clara y definida de sus positivas y ocultas bellezas, preservará de los peligros ciertos en que suele naufragar la curiosa ignorancia guiada por torpes y malsanas compañías, hacia la grosera sensualidad pseudo-artística, que aviva los bastardos y bajos apetitos.

Por esta causa son a veces más peligrosos los absolutos aislamientos entre los jóvenes, que su convivencia honesta y racional durante la adolescencia y la pubertad.

Son más de temer las soledades unisexuales, por muy vigiladas que sean, que la vida de promiscuidad, previamente aleccionada y garantida por una educación sólidamente cimentada. No hay mejor vigilante que una buena conciencia.

¡Desgraciada la sociedad en que los hijos se oculten de los padres para realizar actos glorificados por las gentes malvadas o indiferentes! ¡Infeliz la mujer que no siente al lado la vigilancia de su madre aun después de muerta!

Separar y encerrar a los jóvenes para abrirles luego las puertas del encierro, sin haberles preparado para la vida social, es un absurdo y una mala acción. Lo perfecto y lo racional no se obtiene por tales procedimientos. Está demostrado plenamente por la experiencia.

La Higiene moral informa toda la vida del individuo y de la especie, desde la cuna hasta la decrepitud. Así como todas las religiones que en el mundo han sido, convencidas de la influencia de lo material en lo psíquico, intervienen con sus preceptos en las reglamentaciones más elementales y convenientes para la vida orgánica del ser humano, los anhelos de la moderna Higiene son, y han de ser en lo sucesivo, reformadores de la educación encauzando los instintos, fortaleciendo las energías, despertando generosos impulsos en el sentir y el pensar de los ciudadanos. Para ello la casa es, por así decirlo, la célula madre de los pueblos y la perfecta organización, las disciplinas, leyes y reglamentaciones deberán incubarse en el hogar.

Las naciones vigorosas son grandes familias identificadas en unos mismos anhelos de común engrandecimiento y prosperidad. Cuando entre sus miembros germina el egísmo o el desamor, bien pronto surge el odio mortal, que todo lo disgrega y todo lo aniquila. No en balde es lema de segura conquista el famoso *divide y vencerás*.

Por estas causas, en Alemania, el actual Emperador, amante de su prole y celoso de mantener la autoridad familiar, procura no extinguir en el corazón de sus soldados y súbditos el amor al hogar; y recientemente, al congregarlos a la solemne jura de banderas, les decía: «En el cuartel hallaréis nueva familia amante y abnegada; ved en mí un padre; pero al mismo tiempo, cuando habréis los ojos a la luz del día, y también al entregaros al descanso, acordaos de vuestros, padres, rezad por ellos, pues, a su vez, ellos rezan amorosamente por vosotros.»

*
* *

Todas estas ideas, que no puedo desarrollar con amplitud mayor en estos instantes, pues os ofrecí ser muy conciso, y otras muchas que os asaltarán la mente, bien estudiadas y comprendidas, contribuirán a que vuestra influencia educadora aparte a vuestros hijos y a la juventud en general de modo espontáneo, por repugnancia moral, a veces más eficaz que la física, de los centros corruptores de todo género evitando las terribles consecuencias del alcoholismo, y otras plagas sociales, igualmente degeneradoras del cuerpo y del alma.

Haced con perseverancia, con sagacidad y con talento, que distinguan, desde niños, lo malo de lo bueno, y serán buenos, por

convicción, no por temor al castigo ciego, que muchas veces no corrige, pero degrada siempre.

Gracias de nuevo a todos por vuestra colaboración perseverante a nuestras modestas y difíciles tareas de propaganda. Ayudadnos vosotras, como lo hacéis ya, cada día con mayor celo, para completar el estudio de la totalidad del problema higiénico y aplicarlo prácticamente en todos los momentos de la vida social.

Datos innúmeros os proporcionarán nuestros especialistas y maestros; seguramente atenderán vuestras peticiones reiteradas los gobernantes, que, como dije, empiezan a escucharnos, y, a pesar de que nuestro común trabajo avance con la misma desesperante lentitud con que hacéis vuestras delicadas labores de bordado, no olvidemos de qué modo una paciente tenacidad realiza las más difíciles tareas.

Así se confeccionaron los valiosos y artísticos tapices de nuestras colecciones suntuarias, admiración del mundo. Su traza fué ideada por grandes artistas, su trama fué tejida por ignorados artesanos.

Por esta razón las leyes, aun las más perfectas, pierden su eficacia si no encarnan en las costumbres, encargándose de aplicarlas y acatarlas todos los ciudadanos.

La Ley protectora que nació en esta Sociedad, después de laboriosa gestación, no será fecunda si no os convertís en ejecutores y propagandistas suyos; si no cuidáis celosamente de vuestros propios hijos, si no sentís afecto purísimo hacia los ajenos. Es la vida del niño tan apagadiza como una luz vacilante; procurad que esas lucecillas se conviertan en vívidas luminarias, para esplendor de nuestra Patria, ya que vosotras, por juro de heredad tradicional, estáis encargadas de que no se extinga el fuego del hogar español.

Y cuando dejemos el vasto telar donde cada cual aporta su cooperación incesante, procuremos que los que nos sustituyan escriban con justicia sobre nuestras respectivas tumbas: «Aquí yace una mujer honrada. Aquí descansa un hombre de bien,»

DOCTOR MANUEL TOLOSA LATOUR

Tartamudez y otros defectos de pronunciación

(Continuación)

1.º—Comienzo en la infancia

Causas.—Todas las emociones violentas; miedo, caída, malos tratamientos, pueden ocasionar la tartamudez, sin que para ello intervenga ninguna lesión orgánica del cerebro.

Los ejemplos son numerosos.

Un niño de cuatro años, al inclinarse en una ventana para ver correr un gato por una canal, pierde el equilibrio y cae de un primer piso. Levántanle del suelo ligeramente magullado, pero le es absolutamente imposible hablar por el momento, tan grande ha sido el susto que ha tenido. Al día siguiente recobra la palabra, pero... tartamudea.

Un oficial, de guarnición en Argelia, se hallaba un día de paseo con algunos amigos. Su hijo, de seis años de edad, quiere ir a su encuentro, hace ensillar un caballo y parte. Pero se equivoca de camino y, no viendo a los paseantes, se dirige a una colina para desde allí explorar mejor el terreno. Entretenido en esta tarea estaba cuando en aquel momento acierta a pasar un animal montaraz a poca distancia suya. El niño coge miedo, vuelve grupas, y regresa a escape a su casa. Le hacen bajar del caballo y entonces refiere, azorado y temblando, que había visto una gran *bbbbbestia* negra con *uuunos bibibigotes cococomo* un gato. A partir de aquel momento se queda tartamudo.

Una niña que había cometido algunos pecadillos es encerrada como castigo, en una habitación oscura. Su padre, en la intención de que la lección fuera más provechosa, ahueca la voz y le anuncia que el coco va a venir a buscarla. La niña lanza grandes gritos, pero el padre no hace ningún caso de ello. Luego, cuando juzga que el castigo ha durado ya bastante, hace salir a la niña, quien, pálida y desfigurada, se arroja a sus pies temblorosa, pidiéndole *peperdón*. Queda tartamuda.

Un muchacho de diez años, al regresar de la escuela de su pueblo, es perseguido por un perrazo que quiere morderle las pantorrillas en medio de furiosos ladridos. El niño, espantado,

entra corriendo en la casa paterna, y a partir de ese momento su palabra es balbuciente, acompañada, difícil. Es tartamudo.

A estos ejemplos que podría multiplicar hasta el infinito, agregaré el relato que me ha hecho recientemente por escrito un joven de 25 años:

«Hasta la edad de seis años—dice—hablaba sin ninguna dificultad, cuando he aquí que una noche el fuego devoró nuestra vivienda. Las llamas habían ya invadido los dos primeros pisos y yo habitaba el tercero. No hubo otro medio de salvarme la vida que arrojarme por la ventana. Cuatro hombres sosteniendo unas mantas cubiertas de lana me recibieron impidiendo que me matara en la caída,

»Después de ese accidente, permanecí dos días en un terror continuo, sin poder decir una sola palabra. Al tercer día recobré el uso de ella, pero tartamudeaba.»

Ciertos espíritus curiosos podrían preguntarse por qué una impresión viva cualquiera ocasiona la tartamudez, por qué ese niño que ha tenido miedo se ha vuelto tartamudo, mientras que a su amiguito, a su pequeño camarada, que ha podido experimentar terrores mucho más grandes, no le ha sobrevenido ningún accidente de la palabra. Uno de nuestros más ingeniosos colegas, el Dr. Lubansky, estudiando en la *Union Médicale* (1) la parte de la herencia en la producción de las enfermedades, daba de este hecho la siguiente interpretación. A una persona atacada de ciática, contestaba: «Usted me asegura que ninguna persona de su familia se halla atacada de esta afección; pero esto no quiere decir nada.

»¿Y de qué familia se trata? se pregunta el doctor Lubansky. De dos o tres personas a lo sumo, las únicas que vuestro cliente haya podido conocer; una cantidad infinitesimal comparada con la inmensa serie de antepasados de quienes todos descendemos. Explicad esto a vuestro enfermo y decidle redondamente que si tiene una ciática es porque uno de sus ascendientes fué herido de una lanzada en la batalla de Maratón, que esa lanzada lesionó un nervio, de lo cual resultó una predisposición a las neuralgias para todos los descendientes de aquel guerrero hasta el fin de los siglos.

»Vuestro cliente se sentirá lisonjeado por el antiguo y glorioso origen que atribuiréis a sus dolores, y lo bueno es que acaso le habréis dicho la verdad, bromeando.»

¿Ocurre lo mismo con la tartamudez? ¿Hay que remontarse a tales alturas?

(1) *Union Médicale*, de 17 de Marzo.

Me apresuro a decir que no siempre la traída o producida por algún accidente. Existen personas que han tartamudeado toda su vida sin que se pueda atribuir su defecto a ninguna causa apreciable.

En otros, la herencia desempeña un papel innegable. Otras veces no se observan más que convulsiones en la infancia o una nerviosidad muy marcada en los padres. Existen, finalmente, otras personas—y en gran número por cierto—que han aprendido a tartamudear por imitación.

Que la imitación sea voluntaria, como ocurre con los rapazuelos traviosos que se burlan de un criado, de un vecino o de un camarada atacado de tartamudez escarneciendo y simulando su modo de hablar; que la imitación sea involuntaria, como en el caso de niños que viven en contacto con tartamudos y que por consiguiente reproducen su modo de hablar por una especie de contagio moral, la verdad es que la imitación desempeña un papel importantísimo en la producción de la tartamudez.

De ahí que cuanto se haga es poco para vigilar con cuidado la palabra de los niños.

Edad de la aparición.—Seguramente no ha pasado inadvertido que los sujetos a que se refieren las observaciones que acabo de citar pertenecen todos a la infancia. Y es que, en efecto, por regla general, la tartamudez aparece en la primera edad de la vida, de 3 a 7 años; algunas veces algo más tarde, pero muy raramente después de la edad de diez o doce años.

Es éste un punto muy importante acerca del cual es necesario llamar la atención.

Las causas de la producción de la tartamudez exclusivamente en la edad infantil suscitan un problema muy arduo de psicología y de fisiología experimental, que es muy interesante abordar.

Todas las impresiones vivas tienen una resonancia refleja considerable sobre el cerebro. Cuando un cerebro de pocos años se ve sorprendido por un acontecimiento inesperado, conserva de él una impresión tanto más considerable cuanto mayor es la sensibilidad del niño para el reflejo.

Pues bien: como el niño tiene una tendencia muy grande a comunicar las impresiones que acaban de sorprenderle, nada hay de extraño en que ese trastorno momentáneo del cerebro, causado por la emoción vivamente experimentada, se transmita a la función que sirve para expresar su pensamiento, es decir, a la palabra. En tales condiciones; cómo hemos de asombrarnos de que el

pensamiento alterado, vacilante, engendre una palabra vacilante también y confusa?

Y esto con tanto mayor motivo, cuanto que el mecanismo tan complejo y tan delicado de la palabra es uno de los hábitos fisiológicos más lentos y más difíciles de adquirir. La delicadeza de las relaciones entre el aparato fonador y el órgano pensante hace que en todas las circunstancias críticas la palabra da inmediatamente la señal de la perturbación nerviosa.

Entre los accidentes nerviosos que complican la fiebre tifoidea o vienen en pos de ella, obsérvase algunas veces la afasia. No deja de ser extraño que la mayoría de esas observaciones se refiere a la edad de 7 a 9 años como término medio, un cortísimo número únicamente a la adolescencia y ninguna a la edad madura. Y como el período de la vida que presenta el máximum de aptitud morbosa para la fiebre tifoidea es de 15 a 30 años, de aquí resulta incontestable que la gran frecuencia de los casos de afasia transitoria observada en la infancia indica una predisposición positiva de la edad a los trastornos de la palabra.

Tenemos, pues, que la tartamudez comienza casi siempre de 3 a 7 años, raras veces más tarde; de todos modos jamás, por decirlo así, después de la pubertad.

Sexo.—La tartamudez es mucho más frecuente en el sexo masculino que en el femenino, y esto en la proporción de 1 a 10. Esta diferencia dimana probablemente de que, en las edades de aparición de la tartamudez, el desarrollo de la palabra es mucho más avanzado, más completo en la niña que en el niño. La armonía funcional entre el cerebro y los órganos de la palabra está en ella mejor establecida, y de ahí que los trastornos son más raros y la acción refleja tiene una repercusión mucho menor sobre su producción.

A estas consideraciones psico-fisiológicas que tienen en verdad grandísima importancia, he de agregar otra, de un orden mucho más modesto, pero que, a mi juicio, no carece de valor: me refiero a la diferencia de educación.

El niño no se siente nunca tan feliz como cuando puede encaramarse, correr, saltar. Cae, se bate, se disputa, recibe golpes y los da, circunstancias o hechos todos en que las causas productoras de la tartamudez se encuentran con bastante frecuencia.

La niña, más apacible de ordinario y en todo caso más vigilada, permanece más en casa bajo el cuidado y egida maternas. Sus juegos son menos ruidosos y de este modo evita mucho mejor

que su hermanito los diversos accidentes que pueden ocasionar en ella la tartamudez.

Como quiera que sea, no es muy común ver aparecer la tartamudez de repente con una gran intensidad; de ordinario se muestra poco a poco.

La palabra se presenta en los comienzos vacilante, las sílabas son repetidas de tiempo en tiempo, luego, a medida que la dificultad va aumentando, el niño se impacienta, y esto provoca en él la cólera, o el descorazonamiento, según la mayor o menor viveza de su carácter. Ocurre, a menudo, que los niños se condenan a sí propios al mutismo: tan persuadidos están de la inutilidad de sus esfuerzos para vencer la dificultad que les mantiene expuestos a las brusquedades o a las burlas de sus camaradas.

El tartajeo y sus variedades

Acabo de hablar de la tartamudez y creo haber demostrado que es una verdadera enfermedad de la palabra cuyos síntomas son claros y precisos.

Réstame decir algunas palabras de ciertos vicios de pronunciación que, a despecho de una sintomatología por demás simple, aportan, sin embargo, en las obligaciones diarias del trato social, una molestia y una inferioridad notoria para aquellos que los padecen. Los antiguos se preocupaban ya de ello: «Balbus autem et *atypus* (aquel que no articula distintamente), vitiosi magis quam morbosi sunt», dice un personaje en Aulu-Gelle.

El mismo Ulpiano se pregunta en el *Digesto* si las personas atacadas de ceceo están sanas de espíritu, si bien luego concluye por la afirmativa.

Con el nombre genérico de *tartajeo* designanse una multitud de defectos de pronunciación caracterizados por la sustitución deformación o supresión de una o varias consonantes.

No siempre se conocen con el nombre de tartajeo esos defectos de pronunciación. Su denominación varía con las regiones de los distintos países en que se observan. En España, por ej., se designan con los nombres de ceceo, zetacismo, hablar brozoso, hablar andaluz, gallego, etc.

Es un error considerar esos defectos de pronunciación sin importancia, como lo es el estimularlos con harta frecuencia so pretexto de que agregan cierta gracia al lenguaje de la infancia.

Aún admitiendo que esto pudiera ser cierto con respecto a los niños, no puede negarse que tales defectos imprimen a los que ya son adultos un aire de necedad que expone grandemente al ridículo.

He aquí una prueba curiosa de ello, que tomamos de Legouvé (1): «Siendo joven el Sr. Régnier fué encargado de un papel de necio, pero no sabía de qué modo expresar este carácter; la casualidad le condujo a casa de un comerciante, donde se hallaba un comprador que ceceaba; los mismos mozos de la tienda sonreían al escucharle: ya tengo mi papel, se dijo el Sr. Régnier; ese hombre tiene aire de imbécil; no tengo más que imitarle.» Ya veis, añade Legouvé, como ese defecto vale la pena de ser corregido.

En el mismo orden de ideas diré que un autor de Memorias del siglo XVIII refiere que «la duquesa de Chaulnes ceceaba *para rejuvenecerse.*»

El ceceo es más frecuente en el sexo femenino que en el sexo masculino, al revés de lo que se produce con la tartamudez.

Y, de hecho, es raro encontrar un convento, un colegio de señoritas, un salón de sociedad sin dar con una o varias jóvenes que tengan una pronunciación defectuosa.

Notemos que todas esas jóvenes han sido perfectamente criadas. No solamente su instrucción ha sido esmerada, sino también su educación física y moral no ha dejado nada que desear. Saben presentarse en sociedad, bailan con elegancia, tocan al piano, cantan con gusto. Pero ocurría que mientras se vigilaba con mucha atención la finura de sus maneras, y se daba suma importancia a su vestido, a su tocado, y se hacía todo lo posible por disimular algunas pequeñas imperfecciones físicas, a menudo leves e insignificantes, a nadie hubo de ocurrírsele nunca decirles que, al hablar, sacaban la lengua de la boca, lo cual está muy feo; que torcían la boca cuando pronunciaban ciertas letras, cosa que, independientemente del defecto de lenguaje, perjudica la regularidad de la fisonomía; que adulteraban de tal modo las palabras, que más bien parecía que hablaban una especie de *patois*, defecto que ciertamente no contribuye a hacer agradable la conversación.

Sería necesario reaccionar contra esa negligencia con que se mira todo lo que se refiere a una pronunciación correcta. Y, a mi juicio, paréceme tan útil—por no decir más—vigilar con cuidado la ortografía de las palabras escritas, como la pronunciación de las palabras habladas.

(1) *L'art de lecture*, por Ernest Legouvé, de la Academia francesa, Cap. VI, pág. 58. —París, chez Hetzet, 14.^a edición.

A menudo me he preguntado la razón de semejantes descuidos, y no puedo explicármelos de otra manera que por la persuasión errónea en que se hallan las familias de los interesados relativamente a la poca importancia de esos defectos de pronunciación. Debo decir, sin embargo, que existen ciertos padres que, no solamente no ven con extrañeza, a fuerza de costumbre, esas maneras viciosas de hablar, sino que, por consecuencia de un verdadero defecto de educación auditiva, ni siquiera han llegado nunca a advertirlas; y se muestran sumamente sorprendidos cuando se les dice que sus hijos tienen un defecto de pronunciación que chocha a todos los oídos, aun los menos delicados.

Las amigos y conocidos no siempre se atreven a hablar de ello, o bien temen algunas veces el exceso de ternura que suele poner una venda en los ojos de los padres.

Los verdaderos culpables, sin embargo, son los maestros que toleran, como una cosa natural, el que ciertos alumnos, atacados de ceceo, reciten sus lecciones de una manera incomprensible. Descuidando el llamar la atención de las familias acerca de la imperfección de la pronunciación de sus hijos, dejan de cumplir seguramente una parte de su deber, y sabido es que éste consiste en trabajar para hacer de los niños que les son confiados seres capaces de sostener su rango en la sociedad. En este punto es obvio afirmar que aquellos que tienen un defecto cualquiera de la palabra no se hallan dentro de las condiciones favorables para afrontar las necesidades de la vida. Tarde o temprano tienen que sufrir las consecuencias deplorables de sus defectos de pronunciación, y entonces es cuando lamentan amargamente la falta de vigilancia de su familia y de sus maestros.

Inútil decir que, para todos aquellos destinados a presentarse ante el público, esa pronunciación defectuosa—ceceo, zetacismo, signatismo, tartajeo, etc.—constituye en cierto modo un vicio redhibitorio.

En el teatro, por ej., sería necesaria una gran dosis de indulgencia para aceptar sin protesta que Fausto diga a Margarita:

Décame, décame contemplar tu zemblante

¿Qué influencia podría ejercer un abogado sobre el tribunal, sobre el jurado, si entremezclara su defensa con palabras por el estilo, de pronunciación defectuosa y, por ende, de difícil comprensión algunas veces?

Importa, pues, corregirse de ese defecto, puesto que la cosa es posible.

El ceceo no es resultado de un defecto orgánico. No dimana, como creen ciertas personas, de que la lengua sea demasiado corta, demasiado larga, demasiado gruesa, demasiado débil, o bien de que el frenillo no haya sido bien cortado, como tampoco debe atribuirse a la implantación viciosa de los dientes. Cierto, estas causas pueden producir defectos de pronunciación análogos al ceceo; pero no son más que rarísimas excepciones. En la inmensa mayoría de los casos—casi podríamos decir en el noventa y nueve por ciento—el ceceo es el resultado de una falsa maniobra o de la inexperiencia de la lengua en la pronunciación de la consonante.

Hay que añadir, con todo, que, por consecuencia de costumbres locales de pronunciación, el ceceo se halla por decirlo así en estado endémico en ciertas provincias, por ej., las de Andalucía, en España, donde es muy conocido el siguiente cantar popular, de antiquísima fecha, el cual es una muestra patente de ese defecto local o regional de pronunciación a que acabo de referirme:

Todos los de la Fuente
Son conocidos
Porque dicen *Aseite*
Seba y Tosino.

(*Folk-lore Frexuense*, p. 42.)

La moda ha hecho también de las suyas. No hay más que recordar, en efecto, la época de las increíbles y de las maravillosas, en que era de buen tono el cecear exageradamente en Francia. No sólo las increíbles habían relegado la letra *r* de su vocabulario, sino que reemplazaban también la *ch* por una *s* y la *j* por una *z*. A este respecto, podríamos reproducir un pasaje del *Journal des incroyables* que está enteramente escrito en ese lenguaje ridículo.

A esto añadiré que los refinamientos de la moda habían hecho ya cometer la misma tontería a los romanos de la decadencia. En efecto, si hemos de creer lo que dicen los historiadores, las bellas matronas romanas habían adoptado la moda de reemplazar en su pronunciación la *g* o la *s* por la *z* y decían, por ejemplo: *fizere ozcula* en vez de *fijere-oscula* (dar besos). No solamente se esmeraban en cecear, sino que hasta a sus mismos loros les enseñaban a hacer otro tanto:

Non fuit in terris vocum simulantior ales
Reddebas *blaso* tam bene verba sono

(Ovid., *Amor*, II; VI, 25.)

¿Hay que decir, en fin, que Alcibiales sustituía la *r* con la *l* y

que los atenienses hallaban esta pronunciación encantadora en boca de su hijo mimado? Hay que confesar, según el testimonio de Suidas, que era ese defecto bastante común en Atenas. «Nosotros llamamos τρωλοι, dice a aquellos que pronuncian λ en vez de ρ y φελλοι a aquellos otros que, cuando hablan, suprimen una letra o bien hasta una sílaba.»

Las variedades del tartajeo pueden referirse a cualquiera de los grupos siguientes:

- 1.º tartajeo afectando a las consonantes *z, s, ch*;
- 2.º — la consonante *r*;
- 3.º — otras consonantes.

El tartajeo que afecta a las consonantes lingüales *z, s, ch* es, de mucho, el más frecuente.

Parece bastante curioso, a primera vista, que el tartajeo se halle en cierto modo localizado en esas tres consonantes.

Pero la cosa se explica cuando se consideran sus afinidades y los caracteres comunes que las mantienen estrechamente unidas.

En efecto, no solamente tienen una gran semejanza en el mecanismo de su pronunciación, pero se sabe además que ellas han suministrado numerosos cambios y combinaciones lingüísticas en la formación o en la transformación de las palabras.

Esos cambios han tenido lugar algunas veces entre consonantes de igual naturaleza por la adopción de una consonante sonora en sustitución de la consonante muda correspondiente (cosa que se observa particularmente en la lengua francesa.)

Justo es decir que esos cambios o sustituciones de consonantes, que, en nuestros días, constituyen verdaderos defectos de pronunciación, no siempre implican una dificultad positiva de articulación. Las más de las veces se trata de una simple negligencia de pronunciación: una especie de resabio de otra pronunciación antigua, que ha quedado en la lengua vulgar. En estos casos, sumamente simples, una ligera vigilancia puede bastar para devolver a la pronunciación la corrección que le falta.

Pero, de ordinario, no se trata ya solamente de una simple negligencia. Existe una imposibilidad verdadera de pronunciar correctamente la letra, a causa de una torpeza funcional de la lengua, la cual no se coloca espontáneamente en el punto de elección de la consonante. En estos casos, para corregir el defecto de pronunciación, es necesario apelar a una educación especial del

órgano. Hay más todavía: con frecuencia he visto a personas atacadas de un ceceo muy marcado que no distinguían la diferencia que había entre su pronunciación viciosa y la pronunciación correcta. ¿Tratábase, por ej., de decir la palabra *sombrero*? Esas personas pronunciaban *zombrero*, sin comprender la diferencia entre ambos sonidos: *som* y *zom* sonaban exactamente de la misma manera en su oído.

Demasiado se echa de ver que se trata ahí de algo más que de una mala costumbre, sino que es cuestión de un lunar en el análisis de los sonidos por la oreja. Esta particularidad importa señalarla: pues es evidente que, para llegar a enseñar al sujeto la pronunciación correcta de la consonante, lo primero que hay que hacer es conducirlo—por medio de ejercicios especiales—a comprender la diferencia entre la buena y la mala pronunciación.

Un examen atento del sujeto es, por tanto, indispensable para dar una buena dirección al tratamiento.

Cuanto al pronóstico, es siempre favorable. No exceptúo de esta regla más que a ciertos annésicos verbales que, en el intervalo de una lección a otra, olvidan lo que se les enseña.

Ceceo, Zetacismo

Ya dije antes que el tartajeo que afecta a las consonantes linguales *z*, *s*, *ch*, es de mucho el más frecuente. De ordinario, estas tres letras son mal pronunciadas; hay sin embargo ciertos casos en que el vicio de pronunciación gravita únicamente sobre la *z*, la *s* o la *ch*, pero raras veces resulta afectada aisladamente una sola de estas tres consonantes.

La *sustitución* de una consonante por otra tiene lugar, las más de las veces, por el cambio de las tres consonantes con una cualquiera de las otras.

Ejemplos: *zaztre* por *sastre*.

zezo — *seso*.

zozo — *soso*.

sapatero — *zapatero*

sisaña — *zizaña*.

sarsa — *zarza*.

Esta forma es la que se aproxima a la pronunciación andaluza.

Otras veces la sustitución tiene lugar por cualquiera de las consonantes, pero preferentemente por otra lingual.

Ejemplos: *taltitón* por *salchichón*.
tastre — *sastre*.

Como quiera que sea, en todos estos casos la sustitución se hace por medio de letras bastante bien pronunciadas, con las cuales se reemplaza a las otras; el defecto existe principalmente en el cambio.

La *deformación* de esas consonantes se produce por una posición viciosa de la lengua o de los labios para la pronunciación de las consonantes *z*, *s*, *ch*. La emisión de la consonante va acompañada de una especie de silbido que es muy difícil reproducir exactamente por escrito, pero que se parece a la agregación de una especie de *ll*.

En esos casos la palabra va generalmente acompañada de gesticulaciones más o menos acentuadas de la boca que vienen a aumentar todavía la fealdad del mismo vicio de pronunciación.

Elisión.—Ocurre a veces que el tartajeo no está caracterizado ni por la sustitución, ni por la deformación de una de esas tres consonantes sino por su supresión completa; en tal caso sólo las vocales subsisten.

Ejemplos: *e...o* por *seso*.
o...a — *sosa*.

Este defecto de pronunciación hace sumamente difícil la comprensión de las palabras, e impide a menudo que las personas que lo padecen sean comprendidas por otras, fuera de los individuos de su familia o de los que están más en contacto con ellas.

DR. CHERVIN

(Continuará)

El escolar en su casa

Son conocidos los deberes que a la escuela incumben en cuanto a la educación física como parte integrante de la enseñanza. La gran cantidad de tiempo que el niño pasa en la escuela justifica plenamente esta necesidad. Pero con esto no quedan relevados los padres de la obligación de ocuparse de la educación física de sus hijos, pues la escuela sólo puede ser colaboradora en esta tarea. En fin de cuentas los padres serán siempre los responsables de la salud y robustez de sus hijos. Por eso deben ser los primeros en informarse de cómo la escuela cumple su misión y si el organismo del niño no padece en ella porque se le cargue con más trabajo del que pueda soportar o no se tenga en cuenta su modo de ser individual en la esfera física.

La colaboración de los padres con la escuela es el mejor medio de alcanzar un alto nivel físico en los niños. Las reuniones de padres en las sociedades creadas a este objeto o en otras organizaciones análogas les permiten ejercer la presión necesaria sobre el maestro para que no se desvíe de sus deberes. A su vez estas sociedades no perderán el contacto con la escuela, informándose siempre del maestro en todo lo que respecta a la esfera psico-pedagógica y del médico escolar en cuanto atañe a la físico-pedagógica.

La edad a que debe empezar el niño su vida escolar, los padres tienen el deber de enviar a la escuela niños robustos, bien desarrollados y endurecidos para la lucha por la vida, que en la escuela empieza para ellos. Asimismo, durante el tiempo de estudio deberán repararse en la vida doméstica gran parte de los daños que en el organismo del niño produce inevitablemente la vida escolar en común.

El niño debe estar sentado en su casa lo menos posible. Para esto es necesario regular convenientemente la cuestión del trabajo que de la escuela se lleva el niño a su casa. Las sociedades de padres se han ocupado ya de la conveniencia de hacer desaparecer esta costumbre. El médico escolar tiene que ponerse en esta polémica del lado de los padres. Cuando el trabajo en casa sea imprescindible, como sucede en las clases superiores, hay que procurar que el niño esté sentado lo menos posible mientras estudia, escribe o da sus lecciones. Los niños pequeños podían colocarse

para esto en decúbito prono, con lo cual queda su columna vertebral y todo su tronco libres de la acción perjudicial que ejerce la posición sentada.

Se procurará que el niño emplee el menor tiempo posible en hacer sus temas escritos, evitando que pase el rato sentado sin hacer nada.

No siempre es posible esta vigilancia, por las ocupaciones de los padres, y por eso me parece una buena medida la de que al mismo tiempo que se le dan al niño los temas para su casa se les marque el tiempo máximo que debe tardar en hacerlos.

Como la escritura es la labor constante que más compromete la actitud del tronco, hay que procurar, por lo menos, que el niño esté sentado en posición correcta mientras trabaja. A las familias bien acomodadas se les aconsejará que adquieran un asiento a propósito de los que para este objeto construyen algunas casas.

Aunque no siempre las sillas y pupitres se acomodan exactamente al cuerpo del niño, por lo menos la mayoría sirve para hacerle adoptar una posición conveniente.

Unas sillas muy baratas y convenientes son las de madera curvada (silla de Thonet), de patas altas y asiento ondulado. La razón de que las patas sean altas es para que el niño quede instalado cómodamente ante una mesa del tamaño corriente en las casas. Cuando las sillas sean bajas habrá que ponerlas sobre un taburete, y según el niño va creciendo habrá que acortar las patas o quitar el taburete, y cuando los muslos hayan crecido tanto que resulte corto el asiento lo mejor será comprar otra silla, ya que son baratas.

Los padres que permiten a sus hijos pasarse todo el tiempo libre leyendo libros, generalmente poco convenientes, o los que además de enviar al niño a la escuela le ponen clases especiales en casa, o aquéllos que obligan a sus hijos a tocar el piano sin tener afición, o los abruman con complicados estudios, no podrán extrañarse de que la conformación del cuerpo, la actitud y la salud general de sus hijos deje mucho que desear.

La vanidad mal entendida de los padres y el desconocimiento de lo que el niño puede dar de sí producen indirectamente más daño al niño que el que pueda causarle el trabajo de la escuela, realmente en las clases elementales. El escaso tiempo que la escuela deja libre lo emplean estos padres equivocados, no en ayudar a la salud de su hijo, sino en perturbarla. El error se mantiene seguramente por la falsa idea, tan extendida, de considerar a

los niños como adultos en miniatura, acostumbrándoles a todas las contingencias que la vida de los adultos lleva consigo. La excitación nerviosa que en el niño producen los teatros o la vida de sociedad fatigan más su alma que el trabajo de la escuela, asentado sobre más amplia base, más adaptado al espíritu infantil y más fácil por lo mismo que es repetido (Czerny). Al niño hay que tratarle como niño, y cuanto más tiempo lo sea, mejor; a mi, al menos, me hace mejor impresión un muchacho cerril que un caballere preoz.

Cuando el niño toma parte en la vida de sociedad se compromete y se acorta seguramente su sueño, que es el mejor descanso corporal y psíquico para su organismo. Volveremos a insistir sobre el precepto de que el niño duerma doce horas durante los primeros años de escuela, disminuyendo después poco a poco este tiempo, pero sin que baje nunca de diez horas, hasta la edad de transición. Cuanto más débil, cuanto más nervioso y cuanto más despierto es el niño, tanto más debe dormir. Los niños prodigios que duermen poco son los más dispuestos a neuropatías ulteriores.

La alimentación de los niños debe ser apropiada a su edad, haciéndose cada vez más análoga a la del adulto según va creciendo. Las carnes que algunas personas consideran como indispensables para la alimentación, entrarán lo menos posible en la alimentación del niño. Una pequeña cantidad de carne sólo una vez al día puede y debe bastar; todo lo que sea más que esto le producirá más daño que provecho.

La sobrealimentación, no sólo es perjudicial a los niños pequeños, sino también a los que ya han entrado en la edad escolar. Un excesivo número de comidas (más de cuatro) y el tomar alimentos entre horas son costumbres perjudiciales, y esto, no sólo lo dicen los médicos sino los pedagogos competentes. Alimentar demasiado a un niño es hacerle un perjuicio, pues tanto su constitución física como su alma padecen por la inmovilidad y pereza característica de las personas obesas.

En los niños mayores que se acercan a la edad de transición, bueno será seguir el antiguo precepto de que la comida de la noche no sea inmediata a la hora de acostarse, pues la función digestiva verificándose en plena actividad perturba el sueño y produce una excitación de las zonas cerebrales que han de permanecer en reposo para que el niño duerma. No hay que decir que todos los alimentos excitantes deben evitarse en los niños, sobre todo en

los fácilmente irritables, y más todavía cuando se acercan a la pubertad. La abstención absoluta de todas las sustancias que contengan alcaloides o venenos es un precepto formal, aun en los muchachos ya mayores, si se quiere conservar la salud física y moral.

La cuestión de los vestidos y del endurecimiento del cuerpo del niño para resistir a los agentes atmosféricos tiene más importancia de lo que a primera vista parece. Es un hecho indiscutible que muchas infecciones y enfermedades por enfriamiento son debidas a malas costumbres en el uso de la ropa de abrigo. Los niños endurecidos contra las influencias térmicas no se enfrían, o, por lo menos, no se enfrían tan fácilmente como aquellos cuyo sistema circulatorio cutáneo se encuentra atrofiado por inactividad y no es capaz de desarrollar su acción protectora contra los cambios de temperatura.

El paso desde el frío de la calle a la temperatura demasiado alta, generalmente de la escuela y viceversa cuando el niño sale de ella, representan violentos traumatismos térmicos que en los niños criados como en estufa son un gran peligro de infección por las alteraciones que dan lugar en las mucosas de las vías respiratorias y de todo su cuerpo.

Los padres tienen, pues, la obligación de procurar que el aparato de defensa que la Naturaleza concede al niño en los vasos de su piel, no sólo no se inutilice, sino que se ejercite y perfeccione en beneficio de la salud del niño. Esto se consigue por el conjunto de medios que forman lo que hemos llamado el endurecimiento. Hemos dicho ya cómo se consigue este endurecimiento en los niños mediante un régimen de vida apropiado al aire libre. Los mismos principios rigen para el niño durante la edad escolar; éstos son, principalmente, andar descalzos en verano, tener siempre el cuarto bien ventilado y no llevar más ropa que la estrictamente necesaria.

Además de esto puede hacerse el endurecimiento por la hidroterapia; pero en los niños pequeños valdrá más abstenerse de este método, con doble motivo si son débiles y nerviosos. Únicamente a los niños mayores y muy robustos podrá acostumbrarseles al agua fría en baño general, pero sin obligarles nunca ni exagerar la medida. Todo esto, aparte de la necesaria limpieza del cuerpo, a la que el niño deberá acostumbrarse cuanto antes mejor, y que debe hacerse de preferencia a la temperatura del cuerpo. Insistiremos sobre la regla de que los baños tibios no

sean muy largos porque roban al cuerpo gran cantidad de calor, no ponen en actividad el aparato de protección y porque el enfriamiento del cuerpo al pasar del baño a la temperatura de la habitación es muy considerable. Parece pues, conveniente, que después del baño tibio se haga una breve afusión fría o se friccione enérgicamente la piel para provocar una viva actividad circulatoria en la superficie del cuerpo con objeto de evitar el enfriamiento.

El escolar debe acostumbrarse a la limpieza de su cuerpo como una necesidad imprescindible. Como medida de defensa contra las infecciones debe el niño lavarse las manos siempre que entre en casa, desde el colegio, no tocando a sus allegados hasta haber hecho esta limpieza. Cuando exista algún peligro de infección inmediato, deberá lavarse la boca al volver de la escuela. Esta medida profiláctica es excelente, pues, como es sabido, la boca y la faringe constituyen frecuentes puertas de entrada a las infecciones. Bueno será también hacer que el niño haya perdido antes de entrar en la escuela la mala costumbre de meterse el dedo en la boca, porque una gran parte de las infecciones se producen por este vicio.

También llamaremos la atención sobre el hecho de que muchos agentes infecciosos son arrastrados por el calzado, así es que el modo de evitar el contagio de la escuela a la casa paterna es tener una escrupulosa limpieza con el calzado y cambiárselo al llegar a casa (andar descalzo por casa según costumbre japonesa, y, desde luego, no llevar nunca el mismo calzado que en la calle).

El niño no debe llevar más ropa que la necesaria. Todo abrigo que mantenga alrededor del cuerpo una capa de aire cálido atrofiando el aparato de regulación calorífica de la piel es directamente perjudicial. Los vestidos deben ser permeables para el aire, de manera que dentro de ellos no se hielen, pero tampoco suden los niños. La cabeza debe quedar siempre descubierta; las gorras y tapabocas son inútiles; también debe quedar al aire el cuello, que, con la cabeza es la parte del cuerpo que más tolera el frío, gracias a la costumbre de lavarse estas partes diariamente con agua fría. Cuando el niño se acostumbra a la bufanda o tapabocas adquiere gran propensión a refriarse a la menor variación atmosférica o en cuanto se quite esas prendas de abrigo. Y como los órganos internos del cuello casi siempre guardan gérmenes infectivos en las anfractuosidades de las glándulas (amígdalas), el trastorno térmico produce fácilmente anginas o infecciones aná-

logas que pueden poner en peligro la vida. Por eso es tan necesario endurecer el cuello contra las inclemencias atmosféricas.

El tronco y el pecho deben también ir poco abrigados y con ropas amplias que permitan una gran dilatación respiratoria.

El uso de tirantes en los muchachos puede dar lugar a vicios de posición del tronco cuando acostumbran a llevarlos muy tensos. Los peores son los tirantes de goma, cuya presión constante puede llegar a ser muy grande, sobre todo aquellos en que las dos ramas se juntan en la espalda en forma de Y. De este modo queda la parte superior del tronco en la bifurcación de las ramas que cuando están un poco tensas le hacen doblarse hacia adelante. Lo mejor son dos bandas no elásticas y blandas que se crucen por detrás como llevan los habitantes de los países alpinos. Los tirantes sujeta-hombros que tanto se recomiendan para mantener las escápulas hacia atrás son perjudiciales en la mayoría de los casos porque no influyen sobre la principal deformación, que es la curvatura de la porción dorsal del espinazo. Más conveniente es hacer que las ropas del niño sean estrechas de espalda y anchas, en cambio, de pecho.

La parte inferior del tronco, que contiene las vísceras abdominales, debe llevar mayor abrigo.

Los niños pequeños especialmente son muy sensibles a los enfriamientos de la piel del vientre por la mayor extensión relativa que alcanza en ellos el tubo digestivo.

Queda proscrito absolutamente en las muchachas el uso del corsé de cualquier clase que sea. Tan malos como los corsés son los trajes o faldas ajustados sobre la cintura; unos y otros estrechan el abdomen, impidiendo el desarrollo de las vísceras, y la respiración diafragmática y dando lugar a la formación de surcos de constricción en los órganos que, como el hígado, corresponden a la cintura. Mucho mejores que tales faldas ceñidas a la cintura son los trajes enteros en forma de bata que protegen el abdomen contra la presión, soportando ellos directamente el peso de los demás vestidos. Estas fundas interiores no deben ser ceñidas y deben cerrarse con botones con objeto de que la niña no pueda estrecharlas a voluntad.

Lo peor de todo en la época del desarrollo de los órganos sexuales de las muchachas son los corsés y justillos cortos. La presión hacia abajo sobre las fisuras pelvianas que ejercen estos aparatos determinan fácilmente el desplazamiento de tales órganos, dando lugar a dolores y trastornos patológicos. Además la

prominencia de la parte baja, del abdomen que origina la presión del justillo obra muy perjudicialmente sobre la actitud del cuerpo, pues da lugar a lo que se llama ptosis o caída del vientre, con lo cual se aumenta la ensilladura lumbar del espinazo y la curvatura cifótica dorsal, apareciendo la cabeza inclinada hacia adelante, es decir, que se producen los efectos contrarios a lo que se trata de conseguir por el corsé. En vez de mejorar con él la conformación del cuerpo empeora considerablemente. Los músculos del tronco se debilitan al quedar limitada por el corsé la movilidad del cuerpo, su tamaño, su fuerza, disminuye, y el individuo acaba por no poder mantenerse erguido por su propio esfuerzo muscular, necesitando del corsé como de un sostén. Lo que pudiéramos llamar corte muscular natural ha desaparecido suplantado por el corte artificial.

Las muchachas que por obesidad o por una tendencia adquirida propende su vientre a caer, convendrá que lleven una faja ventral construída exprofeso por un profesional. De este modo se mejora la actitud de su cuerpo todo lo que lo empeoraba el justillo corto, pero nunca deberá colocarse una de estas fajas sin intervención directa del médico.

En los muchachos tampoco conviene que la cintura quede muy comprimida por correas o cinturones. Siempre es mejor, de todos modos, que lleven cinturón que el que lleven tirantes, con tal de que aquél se cierre por broches u otro medio que impida al muchacho estrechárselo más.

Las ligas deben colocarse hacia la cara interna de la pierna para evitar la deformación llamada *genu-valgum* o piernas en X que tienen tendencias a producir cuando se colocan en la cara externa. Más perjudiciales son las ligas circulares por el obstáculo que oponen a la circulación venosa dando lugar a varices.

En cuanto al calzado recuérdese lo que hemos dicho en otro lugar. Felizmente ha pasado la época en que se colocaban los pies de los niños en zapatos estrechos, puntiagudos y absurdamente conformados. En todo caso, el calzado mejor es el más ancho y más adaptado a la forma del pie. Pero el ideal son las sandalias, o sencillamente que el niño vaya descalzo. Los chanclos deberán evitarse siempre que se pueda porque impiden la transpiración del pie, cosa muy perjudicial para el mismo.

Endurecido así el organismo, se encontrará menos expuesto a los perjuicios de la vida escolar, y esto deben tenerlo muy en cuenta tanto los padres como los maestros.

La manera como ha de llevar el niño los libros a la escuela preocupa hace tiempo a los higienistas. Para el médico es indiferente que el niño los lleve en la mano o a espaldas. En el primer caso, lo conveniente es que los cambie de mano con frecuencia, y si los ha de llevar en forma de mochila, lo mejor es que ésta descansa por su parte más pesada sobre la región lumbar, como la mochilla de los soldados, de modo que no tienda a encorvar por su peso el espinazo hacia adelante. De todos modos, creemos que el peso de la mochila de libros poco puede influir para modificar la altitud del niño, habida cuenta del corto espacio de tiempo que la ha de soportar y del movimiento que durante este trecho ha de verificar.

Pero ante la edad de transición es cuando exige el organismo del niño mayor vigilancia por parte de su familia. Todos los vicios de posición, anomalías del movimiento y trastornos tanto orgánicos (tics) como psíquicos quedan consolidados fácilmente a esta edad, subsistiendo ya sobre el resto de la vida.

Atención especial merecen los trastornos nerviosos. La mejor manera de luchar contra ellos es hacer una educación naturalista al aire libre y emplear método y explicaciones claros y sencillos. Cuando a pesar de todo aparezcan dichos trastornos, llévase al niño cuanto antes al médico de la familia, sin esperar a que el plan educativo que tal vez ha producido los trastornos los exagere y haga incurables.

En la alimentación téngase en cuenta que el período de transición se caracteriza en gran aumento del apetito originado por el rápido desarrollo del cuerpo y las grandes exigencias del organismo para guardar balance nutritivo perfecto a pesar del gran aumento de los gastos. Sin embargo, bueno es huir también de la sobrealimentación, combatiéndola por la misma labor educativa.

En esta época crítica tiene gran papel el endurecimiento activo del organismo, tanto en el sexo masculino como en el femenino. Los baños, la natación y los ejercicios físicos análogos constituyen excelentes medios para este fin, y unidos a otras formas del ejercicio son muy eficaces para oponerse a los trastornos de crecimiento y vicios de posición tan frecuentes a dicha edad. Las muchachas especialmente tienen gran tendencia en esta época a adquirir defectos de actitud de la columna vertebral por su gran extensibilidad y por la tendencia a colocarse durante el reposo en posiciones viciosas que más tarde son muy difíciles de corregir. Aquí como siempre, es obligación de los padres llamar al médico en

cuanto notan la menor asimetría o deformidad en el cuerpo de la niña mientras hace labor.

La educación física que se hace en las escuelas no es capaz de realizar todo lo que esta rama de la educación exige. En la casa paterna debe complementarse esta labor de la escuela cooperando a ella por medio de las saludables medidas de higiene que hemos expuesto y aprovechando todas las ocasiones para que el niño haga vida deportiva que le sustraiga a los peligros inherentes a la vida escolar y que no bastan para evitar dos o tres sesiones de gimnasia que por semana ha de hacer el niño en la escuela.

En los sitios donde existan sociedades gimnásticas baratas deben los padres aprovecharlas para inscribir a sus hijos; pero lo que deben fomentar sobre todo son los juegos y toda clase de ejercicios al aire libre. Las excursiones durante el verano hechas por todos los niños de la escuela u organizadas por sociedades de confianza son los medios más a propósito de conservar la salud del niño.

Cuando se expone sin ningún cuidado a los niños a todos los peligros de la vida escolar, no hay que temer el exponerles a la vida de juegos, excursiones y deportes. Actualmente se observa una saludable tendencia en los padres a fomentar en los niños las actividades deportivas, pues empiezan a convencerse de que aunque los deportes produzcan accidentes, siempre en mínima proporción comparados con la enorme cifra de enfermedades y trastornos que las escuelas generales acarrean inevitablemente,

Cuando todos los padres sean propicios a los juegos y deportes como medios de educación física se facilitará mucho la labor de la escuela organizando estos medios educativos. Pero si los padres por pusilanimidad, falta de ilustración y desconfianza en tales medios, se oponen a su difusión y desarrollo, no podrá esperarse que la entidad escolar pueda desenvolver su beneficiosa influencia sobre la educación física. Cuanto más edad tenga el niño tanto más necesitará de los deportes de las excursiones; en una palabra, de una enérgica educación física para protegerse y armarse ante la lucha por la vida.

DR. LPITZY

Como muestra de la importancia que tiene la educación de anormales, transcribimos el adjunto e interesante capítulo que de la obra del mismo nombre, publica traducido, D. Vicente Minedo de Barcelona:

Educación física y sensora de anormales

Reglas de higiene.—Educación física.—Educación de los sentidos y de la mano.—Corrección de reflejos patológicos.

Si se quiere obtener resultados satisfactorios, la educación de anormales debe ocuparse del crecimiento del cuerpo tanto como del crecimiento intelectual y moral. Pues bien, en el estado actual de cosas, en el niño regular, nos dedicamos con preferencia a la educación mental; pero en el anormal es de capital interés atender a la educación física y a la moral tanto como a la educación intelectual.

Por otra parte, hagámoslo constar de paso, muchos fracasos atribuidos en el escolar ordinario a mala voluntad o a pereza del niño, se evitarían si se cuidasen con más atención y método el cuerpo y sus funciones. ¡Cuántas veces hemos debido intervenir en casos de este género y, por el resultado obtenido, demostrar la necesidad de obrar sobre el estado físico o fisiológico!

La educación de anormales debe entenderse en el sentido más lato; y así, creemos que la escuela especial debe ocuparse en la educación del cuerpo y en la profesional, que la escuela ordinaria abandona con demasiada frecuencia. En virtud de nuestra misma definición, educar es sinónimo de adaptar, y adaptarse a la vida social, no solamente es saber leer, escribir y contar, sino tener organismo fuerte, flexible y armonioso. También lo es poseer un oficio. Se requiere completo equilibrio.

Error pedagógico muy difundido es la creencia de que a un anormal, para estar curado, le basta poseer, al salir de la escuela, la suma de conocimientos escolares prevista en los programas. La escuela, no sólo debe hacer alumnos, sino también hombres armados fuertemente para la lucha por la vida, y esto no lo consigue, sino exigiendo la aplicación de principios del género de los que formulamos.

Por consiguiente, la educación de anormales debe compren-

der, además de la educación intelectual y moral, y de la educación profesional: 1.º, educación física, cuyo objeto general es afirmar la salud, obtener fuerza corporal y plenitud de sus funciones; a esta educación referimos higiene y terapéutica; 2.º educación de los sentidos, cuya finura y precisión necesarias al desarrollo de otras facultades, con medios seguros de éxito.

Según ésto, trataremos ahora sucesivamente:

De la higiene del escolar anormal;

De la educación del cuerpo (gimnasia, juegos);

De la educación de los sentidos (vista, oídos, palabra, olfato, gusto);

De la educación de la mano y del tacto;

Del dibujo y del modelado (educación combinada de la mano y del ojo);

Por fin, en la última parte hablaremos de la corrección de reflejos, cuyo trabajo ofrece ejemplo característico de la manera de hacer al anormal vencer la corriente de ciertos hábitos patológicos.

I

Reglas de Higiene

Innecesario es decir que al anormal físico deben aplicársele las reglas de higiene recomendadas a todo escolar; limpieza, ventilación de las clases y su alumbrado nada tienen de especial, y habría mucho que decir aquí para resumir nociones que deberían ser conocidas de todos.

Sin embargo, no deben ignorarse ciertas particularidades higiénicas; por cuanto lo que caracteriza al anormal es la fragilidad y vulnerabilidad excesivas del sistema nervioso, toda circunstancia susceptible de causar algún daño o exagerar o sostener un estado anterior, deberá evitarse cuidadosamente.

En el anormal mental, el sueño debe ser reparador: durante el reposo es cuando el niño recuperará la fuerza nerviosa que haya gastado en el día, así en el trabajo como en el juego.

Como el capital es exiguo, hay que prever el déficit. Luego, fuera veladas, antes bien, larga permanencia en cama, estancia ridículamente prolongada: 12 horas de cama, cuando se vigila bien al niño, nada tiene de exagerado: es la duración que preconizamos; y la práctica nos ha demostrado que estábamos en lo cierto: el descanso en la cama tiene por sí solo efecto temperante y calmante, muy conocido de los alienistas, que lo utilizan en casos de

excitación cerebral: además, si el niño duerme (y, bien vigilado, el anormal es dormilón), obtendrá de este hecho doble acción provechosa. Por otra parte, aún para los normales, grandes o pequeños, es un error querer reglamentar a todo trance la duración del descanso. Con inteligencia igual, hay temperamentos variables que, produciendo el mismo esfuerzo, necesitan reparación nerviosa más larga y, por consiguiente, duración más prolongada del sueño. No tener en cuenta las diferencias individuales, es desconocer el valor individual de las condiciones fisiológicas de cada uno de nosotros.

En el caso que nos ocupa, tal circunstancia es de necesidad imperiosa, porque, si no se ponen todos los cuidados, los esfuerzos educativos que por otro lado se hayan hecho, correrán peligro de no dar satisfacción plena.

Prohibimos las veladas y con más razón los espectáculos que puedan excitar e impresionar al niño. Las escenas de casa reflejan sobre su estado moral y los padres cuidadosos de completa cura, deben evitarlas o disminuirlas.

En la alimentación se tendrá cuidado de apartar todo excitante: alcohol, vino, café y té. Los manjares pesados, espesos o indigestos, fatigan el estómago y repercuten en el estado nervioso; en todos los niños puede dejarse sentir esta acción; en el predispuesto, es exagerada.

Y aún deseamos (y para ello no es la teoría sino la práctica nuestra norma) que la carne se le dé en corta cantidad en la comida de la mañana y que en la mayor parte de los casos se limiten por la noche al régimen lactovegetariano. Por último, hay un punto capital en higiene y tratamiento de anormales: la hidroterapia.

Frecuentemente se cree que todo está perfecto, cuando se han suministrado baños- duchas dos veces por semana. Desde el punto de mira de la limpieza, está bien; mas para modificar la excitabilidad nerviosa y combatir la debilidad irritable, es muy poco. En las ciudades en que hay agua con suficiente presión para duchas, sería lastimoso que las escuelas de anormales no utilizasen medio de acción tan excelente.

La ducha fría o fresca, a chorro o en lluvia móvil, dada primero en los pies y en las pantorrillas, y en la espalda sin tocar la cabeza y la nuca, es a veces tónica y calmante. En caso de necesidad, una ducha tibia puede ejercer papel sedativo.

Hemos estudiado escolares del mismo tipo mental, unos sometidos a duchas, otros que no recibían tratamiento alguno hidro-

terápico, y por experiencia hemos reconocido el valor terapéutico de este sistema.

Acaso se nos objetará, y ya se nos ha objetado, que la escuela no tiene que ocuparse de estas cosas y que la familia es la única autorizada para aplicar dicho tratamiento. Pero no se olvide que, por diferentes motivos, la familia pone frecuentemente poca diligencia en ocuparse de estos cuidados higiénicos, que, en ciertos casos, aún pueden llamarse curativos; por eso estimamos que el deber del maestro de una clase especial es recordarles la utilidad de las atenciones higiénicas. Suponemos, en efecto, que los educadores, actuales o futuros, de niños anormales, no son de la escuela que concede al médico poquísima intervención con sus discípulos.

Aquí, solo tratamos incidentalmente de cuestiones médicas; pero nos interesa mucho recordar el importante oficio de la medicina, sin la cual, los esfuerzos educativos amenazan ser nulos e incompletos y nos permitimos abrir un paréntesis para trazar someramente las indicaciones que algún día trataremos.

Antes de empezar toda instrucción, es útil averiguar la causa que haya producido desarreglo de los centros nerviosos, para combatirla. Verdad que la medicina es impotente ante ciertas lesiones, y más aún cuando el niño ha sido llevado muy tarde al médico, que hubiera podido ejercer acción curativa. Pero hay numerosos casos contra los cuales la medicina está armada y es eficaz: por ejemplo, se notará que el escolar está sujeto a crisis desconocidas y a veces curables, que tiene detención de desarrollo por insuficiencias glandulares, que padece depresión nerviosa ligada a enfermedad general. En estos casos la acción médica es provechosa. Y, aunque el médico no pueda alcanzar el origen, podrá atenuar estados mórbidos, defectos que, sin ser causa principal de trastorno intelectual, son motivo coadyuvante, agente provocador. Corrijanse los defectos sensores, quítense las vegetaciones adenoides, combátanse los desarreglos gástricos o intestinales, prohíbese la ingestión de bebidas alcohólicas y asombrará ver discípulos, clasificados al principio entre los atrasados profundos, que se acercan a lo normal y adelantan rápidamente.

Estos son hechos que no pueden negarse, sino inspirados por mala fe,

II

Educación corporal

Antes de apreciar definitivamente el grado de atraso de un

escolar, es prudente estudiar la parte de influjo de los defectos de los órganos de los sentidos; sería deplorable dejar de hacerlo.

Desde el punto de mira general, los sentidos, cualesquiera que sean (el sentido muscular tanto como el de la visión), suministran alimentos a la inteligencia. Esta no puede obrar en vacío, y sus primeras adquisiciones las pide a los órganos de los sentidos. Supongamos que nuestro cerebro no pueda percibir por el tacto, vista u oído ciertas cualidades visibles, palpables o sensibles de los objetos: nuestras concepciones serán falsas y nuestros razonamientos defectuosos. Tal es lo que ocurre con los anormales. ¡Cuántas veces hemos podido comprobar a qué pobreza se reducen las ideas de los desheredados privados de varios sentidos y aún de uno solo!

En cuanto un sentido presenta algún defecto, la inteligencia se resiente, y en sér mal dotado, la anomalía mental se desarrolla sin tasa.

La educación general del cuerpo es el prefacio de la educación de los sentidos. Su primer objeto es asegurar al niño salud robusta y desarrollo regular, conforme a las leyes de la fisiología y del crecimiento.

Su segundo objeto es vigilar el desarrollo de las funciones, evitando que se sobreexciten y se debiliten.

Sobre este primer cimiento es fácil obtener buena función de los órganos de los sentidos y su finura.

Sobre esta doble fase y coronándola, puede sentarse firme y útilmente la educación intelectual y moral. Todos sabemos que las funciones psíquicas no llegan a su completo desenvolvimiento, sino en un organismo sano y lleno de vigor, y que, una vez desarrolladas, su precisión y actividad son más perfectas, cuanto más fuerte y equilibrado es el conjunto de órganos que la sostienen.

Para conseguirlo, se someterá el niño a gimnasia metódica que, al asegurar la armonía de los movimientos del cuerpo, repercutirá en su cerebro y ayudará a su desenvolvimiento y a su equilibrio.

Esta relación de las coordinaciones musculares con la inteligencia está hoy bien demostrada. Tal vez su mecanismo no está absolutamente precisado, y es probable que en el curso de la evolución individual, el desarrollo del cerebro dependa de poner en actividad porciones del organismo relacionadas con su diferentes territorios. Cierta parte del cerebro que rige los movimientos de la mano, recibirá de los movimientos impresos a los músculos gober-

nados por dicha parte, excitaciones incesantes que apresuran su desarrollo. De este modo, los movimientos musculares son excitantes cerebrales.

Si un centro cerebral está lesionado o entorpecido en su desarrollo, la educación de movimientos musculares correspondientes pueden restablecer el equilibrio. Tal es la teoría pero lo cierto es que los movimientos gobernados ponen en juego la actividad cerebral. El encéfalo, abandonado a sí mismo, puede permanecer inerte; si la gimnasia lo excita y se exigen movimientos equilibrados, regulares, sinérgicos y precisos, de ello resulta ponderación, disciplina y armonía de las funciones cerebrales.

Así, pues, para obtener esto, el discípulo anormal hará todos los días, durante más o menos tiempo, según su grado de preparación (porque es necesario no provocar jamás fatiga), movimientos precisos, coordinados, metódicos, cadenciosos en conjunto, mientras una música o signos le marcan el ritmo.

Desde el principio se procurará hacer comprender a los niños sus movimientos, descomponérselos, hacérselos descomponer. Según la expresión corriente, deben sentir sus movimientos, tener sensación muscular de ellos en el momento en que los ejecutan. Además, deben aprender a dirigirlos y coordinarlos con arreglo a esa sensación.

Los ejercicios cesarán, volverán a empezar y cambiarán conforme a las órdenes dadas o a señales variadas que pongan en juego la atención de los niños.

La práctica demuestra la utilidad y el éxito de esta gimnasia. Disciplina los movimientos, estimula la atención y desarrolla la aptitud de imitación. Los movimientos regulares y rítmicos obran en la inteligencia; la precisión mental está relacionada con la precisión muscular. Bajo la influencia de esta educación de los movimientos nacen hábitos de orden, regularidad y decisión cuyos efectos sobreviven a los ejercicios. Todas las mentalidades sacan provecho de ello con condición de que se sepa acomodar los ejercicios a las necesidades individuales.

Los asténicos son seguramente excitados por ejercicios escogidos convenientemente: ayudando la imitación, el esfuerzo es menos penoso y se hace habitual.

En fin, el atrasado, cuyo retraso intelectual va unido a retraso en la evolución cerebral, mejora por consecuencia de la excitación de los centros correspondientes a los movimientos. Su voluntad y su atención, desarrolladas y cuya actividad le cuesta tanto

desenvolver a la pedagogía, son solicitados por combinación de movimientos juiciosamente graduados.

Por último, todos los escolares nerviosos sacan provecho de esta educación muscular bien comprendida: los suaviza, los vuelve mas maleables y, provocando desde luego una obediencia inconsciente, ésta deviene poco apoco habitual, automática, reflexiva, natural.

Ya lo hemos hecho notar e insistimos de nuevo en ello: los movimientos deben escogerse cuidadosamente y no acomodarlos sin reflexión seria.

Cada tipo mental requiere acción diferente y es craso error someter todos los grupos a los mismos ejercicios. ¡Cuántas veces hemos comprobado, así en Francia como en el extranjero, el poco método que preside en la elección de ejercicios! ¡Cuántas veces hemos notado que los educadores enseñaban esta gimnasia de modo empírico, maquinalmente, y sin conocimiento de causa!

Dicha gimnasia es muy diferente de ciertas gimnasias escolares que aun vemos utilizar en nuestras escuela; para el normal, la falta es leve; para el anormal es de grandes consecuencias.

En fin, no se confunda esta gimnasia ecléctica y acomodada a las particularidades individuales de mentalidad y carácter, con la gimnasia llamada sueca. Ésta puede ser exelente para desarrollar un músculo o un grupo de ellos; pero no se preocupa suficientemente de la armonía general ni de su repercusión en el sistema nervioso, Por ser demasiado maquinal y analítica, no es sinérgico y, por este hecho, no presenta el valor higiénico, fisiológico y viril de nuestra educacación física. Y, cosa grave, en el caso particular de los anormales, no tiene poder de repercutir en inteligencia y carácter.

La tecnología de la gimnasia de anormales merecería numerosos desarrollos que no podemos considerar aquí. Por ejemplo, debe preguntarse en qué momento ha de empezar la gimnasia. A pesar de su utilidad, debe causar poca fatiga. Pues bien, es tan fatigoso verificar ciertos movimientos como ejercitar la inteligencia. Cuando un niño entre en una escuela de perfeccionamiento, será lógico pesar el pro y el contra; el principio de individualización es siempre aplicable.

En los movimientos de conjunto, el ritmo debe ser marcado por música o por simple gesto, y en todo caso, la música debe ser suave y poco ruidosa; deploramos las músicas ruidosas que excitan al individuo y se oponen al objeto perseguido.

Para llegar a la perfección de movimientos, los alumnos pueden ser ejercitados individualmente y deben serlo; pero, desde este punto de mira, su instinto natural de imitación es auxiliar poderoso y, colocando, por un procedimiento cualquiera, los discípulos más aventajados delante de los novicios y torpes, se les ofrece modelo que imitar y sin fatiga alguna.

Además de ejercicios musculares, han de practicarse juegos, cuyo valor educativo es muy conocido: son buenos para dar cualidades de vivacidad, destreza flexibilidad, alegría y perseverancia. Además, enseñan a vencer las dificultades, a tomar rápidas decisiones, a ser listos.

El maestro, por su parte, tampoco debe estar impasible: debe animar a los tímidos, dirigir a unos, excitar a otros, moderar el ardor de algunos; todo juego violento debe proibirse o bien vigilarlo de manera que ciertos individuos impulsivos, bajo la excitación del placer, no abusen de la debilidad de algunos de su compañeros.

(Concluirá)

V a r i a

Por causas ajenas a nuestra voluntad, ocasionadas por excepcionales circunstancias, se ha retrasado la publicación de esta Revista, lo que lamentamos mucho.

Como relativa compensación, ofrecemos a nuestros lectores duplicar los números para en breve lapso de tiempo llegar a la fecha normal.

Ya se advierte un movimiento mundial en favor de la niñez, lo que indica se van dando cada vez más cuenta de que los cimientos del Porvenir están en la Infancia, y que pierden el derecho a quejarse, los que cuidando solo de ellos mismos, se encuentran con el tiempo, con las consecuencias naturales de haber abandonado a los pequeños seres, confiados a sus cuidados.

Cada semilla, da su fruto; el niño es el cimiento del edificio Hombre: cuando esto se olvida, la consecuencia tiene casi todos los caracteres de una ley física implacable.